RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

Universidad de Murcia, Sección de Filología Clásica. III Simposio: La Crítica Textual y los Textos Clásicos. Murcia, Secretariado de Publicaciones, Departamentos de Latin y Griego, 1986, 168 pp.

Manuel Fernández-Galiano, «Estudios críticos sobre los libros XXI y XXII de la Odisea», da un breve informe acerca de sus trabajos sobre el texto de Homero, con destino a la colección bilingüe que edita la «Fondazione Lorenzo Valla». Lamenta el acortamiento de las notas y del aparato crítico para los libros XXI y XXII. La personalidad del autor merece todo el respeto y admiración de la labor presentada.

Carmen Codoñer, «Aparente homogeneidad en la práctica de la edición crítica», considera aspectos de la edición de textos latinos que ilustra con ejemplos de César y de Isidoro.

José S. Lasso de la Vega. «El arte de la conjetura (con ejemplos de la tragedia y lírica coral)», atiende a la emendatio ope ingenii siue coniecturae y al conservadurismo para determinar el justo medio entre ambas tendencias y lo ejemplifica con muestras tomadas de la tragedia y lírica coral griegas.

Juan Gil, «Crítica textual y humanismo», trata principalmente de las discrepancias entre Marulo y Poliziano en relación con el texto de Catulo y corrige algunas poesías de Marulo. Se ocupa brevemente de los poetas españoles Antonio Serón y Juan Cristóbal Calvete de Estrella, enmendando con acierto algunos errores de las últimas ediciones.

Gaspar Morocho Gayo, «Problemas y métodos de crítica textual en Esquilo», trata resumidamente los distintos métodos de la crítica textual desde Lachmann y los ilustra con consideraciones sobre el texto de Esquilo.

Sebastián Mariner Bigorra, «La crítica textual, ciencia humana. Sus contactos con la historia de los conocimientos métricos», hace una serie de reflexiones acerca de la personalidad del copista sensible a la métrica del verso o al ritmo de las cláusulas. Por lo que se refiere a éstas, aunque su estudio sería muy complejo respecto de la influencia del escriba en posibles errores, unos estudios monográficos realizados con un rigor metodológico comparativo y no necesariamente con porcentajes podrían proyectar algo de luz, sin olvidar, naturalmente, la historia del cursus y la época de los mss. o ms. que se estudien.

Francisco Rodríguez Adrados, «Problemas de la crítica textual en la transmisión de la fábula greco-latina», trata con brevedad y precisión la problemática de una reconstrucción de las colecciones y de las diversas fábulas, en cuya labor los conceptos

de stemma, arquetipo y falta revisten una complejidad mucho mayor que en otros estudios. Unos cuadros ofrecen una visión de conjunto de los aspectos considerados. El autor es la mejor garantía del valor e interés de estas páginas.

Manuel C. Díaz y Díaz, «Confección de códices y crítica textual», considera el tema de la *ordinatio* la forma de copiar el ms., la *collatio* como fase final de la transcripción y pone de relieve la importancia que tiene reconstruir los ambientes para mejor explicar los resultados.

Este Simposio quiere promover una reflexión teórica sobre la crítica textual y su lectura será útil a todo estudioso de los textos clásicos.

ÁNGEL ANGLADA

Gallo, I.—Greek and Latin Papyrology, trad. de M. R. Falivene y J. R. March. Classical Handbook, 1. Londres, Institute of Classical Studies, 1986, 153 pp. + 16 láms.

El presente libro es una traducción al inglés del Avviamento alla Papirologia de I. Gallo (Nápoles 1983). Con él se inicia una serie de manuales sobre distintas especialidades dentro de la Filología Clásica, pensada principalmente para los estudiantes universitarios. Así, entre otros volúmenes, se anuncia una traducción del manual de métrica griega de Bruno Snell.

El tono general del libro es expositivo y didáctico, lo que hace que se lea con agrado. El tratamiento sucinto y a veces poco matizado de los problemas se justifica por tanto por su carácter divulgativo. Hay que decir también que, en general, presta mayor atención a los papiros literarios. Ello se explica no sólo porque Gallo es un reconocido especialista en la materia, sino sobre todo porque su intención inicial era la de ofrecer al público universitario italiano un libro que complementase el manual de O. Montevecchi, centrado predominantemente en los papiros documentales.

El libro se abre con un capítulo en que se definen los objetivos y límites de la Papirología. A continuación se ocupa, de modo claro y ameno, de los distintos materiales de escritura y las características del libro en el mundo antiguo. El tercer capítulo es una pequeña historia de la Papirología, con una reseña de las contribuciones más importantes a la misma en cada país. El capítulo cuarto introduce al lector en el apasionante mundo de la papirología herculanense, desde sus lejanos inicios en el siglo xvIII hasta el prometedor momento actual. A todo lo que dice Gallo sobre esto último hay que añadir que recientemente se han reempredido las excavaciones en Herculano y existen razonables esperanzas de hallar nuevos textos sepultados. En la página 37 observo un ligero despiste de Gallo, que incluye entre los autores conservados en papiros de Herculano a Hermarco, continuador de Epicuro en la dirección de la escuela. El autor se refiere probablemente al PHerc. 1251, la llamada Ética Comparetti, atribuida a aquél por Philippson. La pertenencia de este tratado a Filodemo fue demostrada hace tiempo por M. Gigante, como el propio Gallo señala en la página 42. El quinto capítulo es una revisión de las contribuciones más importantes de los papiros a la literatura griega y latina, tanto en fragmentos de obras conocidas como sobre todo en textos nuevos. Viene a continuación una sucinta panorámica de los diferentes tipos de papiros documentales, así como una reflexión sobre los principales problemas con que se enfrentan hoy en día los especialistas en este terreno. Siguen dos breves capítulos sobre la paleografía de los papiros literarios y sobre técnica editorial antigua y moderna. El último capítulo es una consideración moderadamente optimista sobre el futuro de esta ciencia y las contribuciones al conocimiento de la literatura y el mundo antiguos que aún podemos esperar de ella.

Cierran el libro las notas (en una sección independiente a diferencia de la edición original), un apéndice bibliográfico ordenado por materias, diversos índices y por último dieciséis láminas (por cierto, que la número 11 ha sido oportunamente puesta del derecho). La sección bibliográfica está muy al día, con algunos títulos incluso posteriores a 1983. En el apartado 8, en que se reseñan las revistas especializadas, noto la ausencia de Anagennesis y de Studia Papyrologica, que figuraban en la edición original, así como del Bulletin of the American Society of Papyrologists.

En suma, el libro es recomendable, como se pretende, para los estudiantes universitarios, así como para aquellos que quieran iniciarse en esta disciplina, ya sean estudiosos del mundo antiguo o lectores cultos en general. Sin embargo, aquellos que quieran seguir profundizando y busquen introducciones más detalladas y razonadas, deben acudir a los manuales de Turner y Montevecchi, a los que el propio Gallo remite varias veces¹. Entre los que no cita son muy recomendables dos recientes libros de N. Lewis referidos respectivamente al Egipto ptolemaico y romano².

JUAN RODRIGUEZ SOMOLINOS

- ¹ E. G. Turner, Greek Papyri. An Introduction, Oxford 1980₂; O. Montevecchi, La papirologia, Turin 1973.
- ² N. Lewis, Greeks in Ptolemaic Egypt, Oxford 1986; Life in Egypt under Roman Rule, Oxford 1983.

OMERO.—Odisea, vol. VI (libri XXI-XXIV). Introduzione, testo e commento a cura di Manuel Fernández-Galiano e Alfred Heubeck. Traduzione di G. Aurelio Privitera. Vicenza, Fondazione Lorenzo Valla, Arnoldo Mondadori Editore, 1986, LII + 432 pp.

Con este volumen concluye la edición de la Odisea auspiciada por la Fondazione Lorenzo Valla, una institución de merecido prestigio en la Filología Clásica europea. En el catálogo de la serie bilingüe que patrocina, «Scrittori greci e latini», figuran títulos tan sugestivos como unos Himnos homéricos de F. Càssola, una Eneida en seis tomos al cuidado de E. Paratore, las Historias de Orosio estupendamente editadas por A. Lippold, unas Vite dei Santi dal III al VI secolo publicadas bajo la dirección de Christine Mohrmann, la Cronografía de Miguel Pselo a cargo de S. Impellizzeri, o los dos volúmenes de La caduta di Costantinopoli (textos griegos, latinos, italianos, franceses, eslavos...) preparados por A. Pertusi. Sin duda es una de las colecciones de autores clásicos más importantes y con más proyección de futuro de este último tercio de siglo.

La Odisea de la F. L. V. presenta un altísimo nivel filológico. La traducción italiana ha corrido a cargo de G. A. Privitera. Del tomo I, que incluía una cuidada Introducción general, se ocuparon A. Heubeck y S. West. El volumen II (Od. V-VIII) lo preparó J. B. Hainsworth, encargándose del III A. Heubeck y del IV (Od. XIII-XVI) A. Hoekstra. J. Russo editó y comentó el tomo V, mientras que del sexto y último, objeto de esta reseña, son responsables M. Fernández-Galiano, nuestro gran helenista, recientemente fallecido (Od. XXI-XXII), y A. Heubeck (XXIII-XXIV).

En las palabras previas de Fernández-Galiano a los libros por él comentados figura incluido un excursus sobre el certamen del arco (pp. XI-XXV) que es una pequeña obra maestra del buen hacer en Filología. La competición tiende hoy a situarse en el μέγαρον o sala de banquetes, mientras en los decenios anteriores la crítica prefería ubicarla en el patio (αὐλή) o en el vestíbulo (πρόδομος ο πρόθυρον). Sigue siendo bastante complicado saber en qué consistía la prueba. Primero había que ten-

sar el arco. Luego viene el concurso de tiro propiamente dicho, Para explicarlo, Fernández-Galiano se basa en las hipótesis, más o menos coincidentes, de Stanford, Bérard, Pocock, Stubbings y Delebecque. Lo que la flecha debe atravesar es el agujero de la hoja del hacha por el que se introduce el mango de madera. Así, pues, las esclavas llevaban doce puntas de hacha al lugar de la prueba, lo que resulta mucho más transportable que doce hachas completas, con sus respectivos mangos. Después las hachas se colocaban en hilera, dejando, así alineadas, un único agujero a la puntería de cada arquero en competición. El tema es lo suficientemente atractivo como para que merezca la pena leer con atención las páginas que le dedica el estudioso, que no escatima ilustraciones (en pp. XVI, XX-XXI, XXIII y XXIV) para aclarar las dudas del lector más obtuso. Un estupendo excursus, en suma, que tiene su perfecta correspondencia en el Comentario.

La edición de Od. XXI-XXIV es, como la de los cantos anteriores, paradigmática. Los interesados en las aventuras de Ulises no podrán prescindir en lo sucesivo de esta Odisea de la Fondazione Lorenzo Valla. El principio que anima la edición del poema es conservador con respecto al textus receptus, de acuerdo con las últimas tendencias de la crítica textual. Galiano y Heubeck no se sustraen al planteamiento general en este tomo VI. Son respetuosos con la tradición manuscrita y no prodigan las conjeturas. Ambos se lucen en el Comentario, que es de una gran riqueza. La traducción de Privitera, que no es métrica pero adopta una disposición versaria, es fiel al tiempo que elegante. Clausuran el libro unos índices, a cargo de T. Gargiulo, de nombres propios, de palabras comentadas y de cosas notables.

Luis Alberto de Cuenca

Poetae Epici Graeci. Testimonia et Fragmenta. Pars I. Edidit A. Bernabé. Leipzig, B. G. Teubner, 1987, XXXII + 283 pp.

Aunque ha habido ediciones parciales de los épicos griegos, para remontarnos a una con pretensiones de ser completa hemos de citar la vieja de Kinkel de 1887 (que, de otra parte, no comprende autores como Cleóstrato y obras como la *Meropis*). En relación con Kinkel y otras ediciones posteriores, la que aquí reseñamos representa un avance fundamental: va a constituir un instrumento de trabajo indispensable en este campo durante muchos años.

Pero hemos de señalar antes de seguir que, por uno de esos azares con los que de cuando en cuando se topa el filólogo, en el mismo año e independientemente ha aparecido una segunda edición de los épicos griegos arcaicos, obra de Malcolm Davies (Epicorum Graecorum Fragmenta, edidit M. D., Göttingen, Vandenhoeck und Rupprecht, 1988). No vamos a hacer un estudio comparado, aunque alguna alusión a las diferencias sí haremos. Después de todo, tras tanto tiempo en que el campo estaba semiabandonado, ahora sus cultivadores van a poder contar con una doble e independiente presentación de los datos sobre el mismo.

Seguimos con la edición de Bernabé. Comprende el Ciclo, los poetas genealógicos, regionales y astronómicos arcaicos, los que trataron el mito de Heracles y Quérilo de Samos. Deja fuera los fragmentos de Hesíodo (ya editados excelentemente por Merkelbach-West) y los poetas órficos, que el propio Bernabé editará en un vol. II. Hay que decir que la edición de Davis se refiere muy aproximadamente a los mismos autores (para otros más que se dan en el índice, como Antímaco de Colofón, Hesíodo o Epiménides, el editor se limita a hacer referencia a ediciones modernas).

El avance consiste no tanto (aunque también) en el detalle de la edición como en

el concepto mismo de edición. Los *Testimonia, Loci paralleli* y Aparato Crítico son, ciertamente, un verdadero monumento. Como el autor dice en el prólogo, prefiere hacer entrar todo aquello en lo que alguien puede encontrar interés para la interpretación de poetas tan destrozados. El Aparato Crítico, de otra parte, incluye abundantísimas notas exegéticas: realmente, pone al corriente de todo lo que se ha escrito sobre los fragmentos. Es, a todas luces, más completo que el de Davies, al que le faltan también los *loci paralleli*.

Los fragmentos están clasificados en tres apartados: los considerados auténticos (sin distinguir entre los literales y los de tradición indirecta, que también llevan un copioso Aparato); los dubia; y también los falsos. Se emplea el mayor rigor para aceptar un fragmento en el primer grupo: por ejemplo, muchos fragmentos papiráceos para los que existen propuestas de atribución, pero sin seguridad, son dejados fuera, así por ej. los de Quérilo de P. Oxy. 2524 que incluyen en sus ediciones Lloyd-Jones y Page.

En cuanto a novedades, lo es el número elevado de testimonios y loci paralleli, recogidos ahora sistemáticamente por primera vez. La ganancia en número de fragmentos es, evidentemente, más pequeña. Hay sin embargo algunos, papiráceos u otros, cuyo hallazgo es reciente, del tipo de *Phor*. 6 (= *P. Oxy*. 2260). Y existen frecuentes interpretaciones personales del editor, algunas anticipadas en esta misma revista.

La edición va complementada, al comienzo, por una exposición de Grammatica et metrica y una muy nutrida bibliografía; al final, tras el Siglorum conspectus, por un utilisimo repertorio (original de R. Olmos) de obras de arte arcaicas que recogen los temas de los poemas; por un Index operum et poetarum; un Index fontium; un Index uerborum; y unas tablas comparativas de las diversas ediciones. No se puede pedir mayor exhaustividad ni mayor ayuda al lector y al estudioso.

El género de la reseña exige alguna crítica, sobre todo cuando el tema ofrece tantos puntos de duda y discusión como es el caso de estos antiguos épicos.

¿Son seguros todos los fragmentos dados por tales? A veces se trata de hipótesis, así Eum. 2 (conjetura de Barigazzi) y 8 (suponemos que lo mismo) o Naup. 7 (donde Schaeffer reconstruyó ποδοψοφίαν ἀίουσαν a partir de Sch. A.R.). Puestos a reconstruir versos a partir de textos prosaicos sería más fácil, por ejemplo, obtener a partir del T de Apolodoro sobre esta misma obra un final de hexámetro ἔτι δ΄ ἄτρωτον (texto: ἔτι ἄτρωτον).

Conjeturales son algunos T, así el de Philo Bibl. que West y nuestro editor refieren a la *Theogonia* cíclica.

Difícil es el problema de definir qué son los loci paralleli. Por ej., en Oed. 4 (tema del pulpo), los pasajes citados de Teognis y Píndaro son más bien imitaciones, según creo haber establecido en un trabajo citado en la Bibliografía inicial. Algo parecido podría decirse de Panyas. 17 (las tres «partes» o crateras del vino), me ocupo del tema en un artículo en prensa (en el Homenaje a Barigazzi). De otra parte, siempre pueden añadirse citas. Para Nost. 7 (γήρας ἀποξύσασα) sugiero Carm. Pop. 26 PMG ἀνάβαλλ' ἄνω τὸ γήρας, Ibyc. 61 (no literal) τὸ γήρας ἀποδύεται, para 8 (δῶρα γὰρ ἀνθρώπων νόον ήπαφεν ἡδὲ καὶ ἀνδρῶν), Hes. Fr. 361 δῶρα θεοὺς πείθει, δῶρ' αἰδοίους βασιλήμας.

Igual hay que decir de las referencias eruditas en el Aparato Crítico. Echo de menos la comparación con poemas de Estesícoro a veces de igual título que los cíclicos, cf. sobre ellos mi trabajo en esta revista 46, 1978, pp. 1-81.

En suma, nos encontramos ante más que una edición en el sentido tradicional:

para un material paupérrimo como es el de esta poesía, se nos ofrece la máxima ayuda interpretativa y la más completa recopilación de la tradición.

FRANCISCO R. ADRADOS

Manahapai, B. Γ.—Οι Μίμοι του Ηρώνδα, Β' έκδοση. Atenas, Kardamitsa, 1986, 366 pp.

Nos ofrece Mandilaras una nueva edición crítica con traducción al griego moderno y comentario de Herodas, con el deseo de mejorar su edición «experimental» de 1978 y tras un examen personal del papiro londinense (P). Presenta sólo el texto de los 8 primeros mimos por lo que, a nuestro juicio, la edición resulta incompleta: deberían haberse editado los restos del mimo IX y nos parece imperdonable no ya que no se editen, sino que ni siquiera se haga mención en todo el libro a los frs. de la tradición indirecta que, en total, nos ofrecen otros 2 títulos (Μολπίνος y Συνεργαζόμεναι), además de 11 coliambos completos, a los que tal vez habría que añadir el fr. 171 (West) de Hippon. (cf. E. Degani, Studi su Ipponatte, Bari 1984, p. 287). Comienza M. con una introducción general sobre el concepto de mimo, su origen y el desarrollo del mimo literario (pp. 19-27); pasa revista a los «primeros mimógrafos» (pp. 28-32) y se centra después en Herodas (pp. 33-49) comentando brevemente las sucesivas ediciones que siguieron a la editio princeps de Kenyon en 1891 (a propósito, la trad. de C. Miralles no es propiamente στα ισπανικά, sino al catalán), y tratando con más detalle cuestiones ya clásicas sobre nuestro poeta y no resueltas aún con la seguridad y precisión que todos desearíamos como son su nombre, la cronología de su vida y sus obras, y la representatividad o no de los mimiambos. Respecto a la cuestión del nombre (M. opta por Ἡρώνδας), se echa de menos en su discusión una referencia a los errores de la tradicción indirecta: Ἡρωδιανός lo llama el Schol. Nic. Ther. 377, cod. V y Ἡροδότωι el EM 411,33. En cuanto a la patria, sin negar la estrecha relación de Herodas con la isla de Cos, que acertadamente pone en evidencia M., o con Egipto, a la que cabría añadir la costa jónica (cf. C. Miralles, EME-RITA 37, 1969, pp. 353-365), no debemos perder de vista que los escenarios literarios en los que se desarrollan los mimos no indican, necesariamente, el lugar de origen del poeta. En este sentido, tal vez sea inexacto hablar, como hace M., de «Ηρώνδας. ο Κώος ποιητής των μιμιάμβων», ¿o acaso es imposible, por poner un ejemplo entre otras posibilidades, que Herodas sea de Sicilia, donde está atestiguado su nombre (cf. Xen., Hell. III 4,1), donde parece estar el origen del mimo (Sofrón y Jenarco) y de donde era originario un poeta también vinculado a Cos como Teócrito, con el que Herodas tiene más de un punto en común? El texto, aparato crítico y traducción (pp. 51-163), y el comentario (pp. 167-275), constituyen el grueso de la obra. La bibliografía (pp. 277-296), muy completa y bien confeccionada (salvo la omisión de Knox tras Killeen, que induce a confusión), sigue siendo útil, a pesar de haber sido superada por la que presenta Cunningham en su reciente edición Teubneriana de 1987. Excelente iniciativa por la que debe ser felicitado M. es la publicación de las fotografías del papiro P (pp. 299-349), en las que se aprecia con bastante claridad el texto conservado. Finalmente (pp. 347-366), unos índices útiles para manejarse por el libro, pero el de palabras no recoge sistemáticamente todo el vocabulario empleado por Herodas. Tipográficamente, el libro presenta todavía algunas erratas, de las que señalamos las del texto: 1,3 έγιδε (?) = έγιδε (cf. p. 95 'Ασκληπιώι = Ασκληπιῶι); 2,85 ήμεῖς = ὑμεῖς; 3, 77 μέλεις = μέλλεις; 3,87 falta Μη.; 5,45 κατηράτωι = κατηρήτωι (cf. p. 226); 5,70 ζώηι = ζώιη (cf. p. 233); 7,129 θάλπουσα =

θάλπουσαν, y hay defectos en la numeración marginal al texto en pp. 56, 58, 77, 89, 91, 107, 131, 149 y 151.

Consideramos que, en general, el texto editado no mejora en sus lecturas el nivel de las últimas ediciones de Herodas e incluso nos tememos que, en más de una ocasión, resulta algo inferior. En cuanto a suplementos, M. es bastante prudente en los 7 primeros mimos, a pesar de que a veces llegan al texto algunos muy poco probables (cf. 1,47; 83; 85; 7,47, etc.); por contra, en el mimo 8 aparece reconstruido todo el texto, procedimiento que juzgamos inadecuado, a pesar de presentar los suplementos en un tipo de letra reducida. El aparato crítico es muy completo, pero, sin dejar de reconocer el esfuerzo hecho por M., consideramos que resulta excesivo: hav citas de autores griegos, latinos y modernos que deberían ir mejor en el comentario, y a veces se recogen demasiadas conjeturas (10 en 1,64; 9 en 2,78, etc.), algunas superfluas, mientras que, por contra, hay casos en que ni siquiera se citan algunas que han llegado al texto de la mayoría de las ediciones (μιν 5,70; ζευγέων 7,70 y las lecturas de P en 8,70 y 75). El comentario resulta desigual tanto en calidad como en cantidad; así el mimo 1 (90 vv.) se despacha en 10 pp. mientras que el 5 (85 vv.) le ocupa 20 pp.; luego, junto a notas interesantes (1,16; 18, etc.) otras resultan casi irrelevantes (4,82; 89, etc.) y algunas mantienen puntos de vista que, a nuestro parecer, son muy discutibles. En este sentido, M., de una forma casi obsesiva y guiado de su fantasía, quiere ver dobles sentidos o alusiones obscenas en muchos más pasajes de los que realmente las tienen (véanse en especial sus notas a 7,59; 61; 65; 78; 105, etc.) y no digamos nada de su descabellada idea de que los primeros vv. del mimo 8 encierran un intento de acercamiento sexual por parte del narrador a la esclava. Veamos, a modo de pequeña muestra, algunos detalles:

1) Dice que hay otra esclava (?) además de la Tracia; 7 la distribución e interpretación con κάλει = λέγε, nos parece incorrecta (cf. 5,56); 81 en el comentario argumenta contra άδρωι, que es lo que vemos en el texto; dice que καλως estaba olvidada desde Headlam (!), cuando es la lectura que ofrecen casi todas las últimas ediciones. 2) 20 δίδωσιν άλή]θειν es imposible métricamente; 44-45 es difícil, pero, en cualquier caso, φησί (parentético) y τὸ τοῦ λόγου δὲ τοῦτο, son incompatibles. 3) 34 en comentario dice que P tiene AYIEY, mientras que en el app. crit. dice: «qypeu ex auρευ corr. P», que es lo correcto. Es inexacto que todas las ρ de esta columna tengan distinta forma que la de aypeu, pues en 3,35 xnpn es prácticamente igual, y la Γ no está entre la A y la Y, sino que está claramente sobre la Y. 'Aγρεῦ es lo correcto. 29 en comentario defiende ἐκ-ψύξει, pero el texto ofrece ἐκ-ψύξειιν»; 57 escribe κείνην, pero el trazo sobre la O no es un punto, y el propio M. piensa en una Λ (¿acaso tenemos aqui κλεινήν?; cf. E. Io 30 y B. 17,7); 71 mantiene οὕτως contra metrum. 5) 41 increiblemente adopta δρη, a pesar de la expresión análoga en 7,6 y del θλη de 2,83; M. olvida decir que en 2,83 P da ΘΛΗ, con el mismo acento que vemos aquí en OΔH, lo cual prueba, evidentemente, que es un error por θλή, como vio Headlam, y además descarta el ὄρη y otras conjeturas. 6) 49 ἔρραψε, 59 αὐτὸ(ν), y 93 ω[μ]νυεν, contra metrum; 65 puntuación incorrecta, pues 'Αθηναίης no puede desligarse de αὐτῆς; 94 el v. debe ir entre cruces. 7) 25 Πα[λιλιάς] sigue siendo muy largo; 38 ἄχριις) ἐσπέρης, pero la wau de *μεσπ-, hace innecesaria la ις); 48 mantiene κηχώνας, contra metrum. 8) 7 ăvauλov es un caso flagrante de contradicción: en el comentario defiende el significado «desafinado» o la corrección avaubor de Headlam y sin más explicación traduce: πού 'ναι νηστική, «que no ha comido», que no es sino la interpretación de G. Giangrande (cf. QUCC 15, 1973, pp. 97-98), al que ni siquiera se cita al tratar el pasaje; -60 en comentario parece defender ούληι,

pero el texto presenta δληι. En cuanto a la traducción, sin entrar en más detalles y como simples observaciones, no nos parece muy apropiada la traducción en 1,53 de καθεῖλε πυκτεύσας por νόκ-άουτ έβγαλε, ni la del hápax ἀστροδιφέων por Καλεντάρι en 3,54; en 3,67 no se traduce la expresión εί τό γ' ήδιστον, y véase, en general, la reseña de Π. Κ. Γεοργούντζος, ΠΛΑΤΩΝ 38, 1986, pp. 246-248. En resumen, sin minusvalorar el esfuerzo realizado por M., nos parece que este texto y comentario deben ser utilizados con mucha prudencia y sin perder de vista otras ediciones e interpretaciones.

Luis Alfonso Llera Fueyo

Abrégés des livres de l'«Histoire Romaine» de Tite-Live. Tome XXXIV, première et seconde parties. Texte établi et traduit par PAUL JAL. Collection des Universités de France. París, Les Belles Lettres, 1984, CXXXIV + 145 pp. (1-88 dobles) y 176 pp. (7-54 dobles).

Estas nuevas períocas de Tito Livio de la C.U.F., que ofrece el profesor de París, Paul Jal, responsable de la sección latina de la prestigiosa colección francesa de autores clásicos, han de ser el punto de partida de cualquier estudio futuro sobre el famoso compendio de la historia de Roma, y de su utilización por filólogos e historiadores.

Entre sus muchos méritos hay que destacar particularmente algunos de carácter histórico, literario, crítico y lingüístico. En realidad Jal ha preparado tres libros: un estudio sobre las períocas que cubre cien páginas largas; una edición crítica, cuyo texto sustituye al de O. Rossbach de 1910; y una ajustada y elegante versión francesa, ilustrada por más de un centenar de páginas de notas complementarias, históricas en su mayor parte, pero también literarias, y en reducida proporción de crítica del texto. Entre las notas históricas son de gran utilidad las concordancias cronológicas entre el calendario oficial romano y la fecha que correspondería en el juliano a los distintos acontecimientos referidos, si bien el editor toma la datación de mes y día de otras fuentes porque las períocas no entran en esos detalles.

En el texto, aunque yo no he realizado una detallada colación de las dos ediciones, tengo la impresión de que no son muy numerosos los cambios respecto de Rossbach. En algún caso, como en VII 6 (la paragrafacción es de Jal), a mí me parecería mejor mantener ita expleta (con la adición de Jahn) que el et expleta est de Jal, siguiendo dos manuscritos del siglo xv y separándose de los más antiguos y de la lectura más común. Jal, que ha estudiado muchos más manuscritos que los editores anteriores, ha encontrado en ellos en muchas ocasiones, anticipadamente, conjeturas de humanistas: en particular del activisimo mutinense Carlo Sigone (Sigonius), tan destacado como anticuario, historiador de Roma y «predecesor» de Gibbon.

El editor francés ha identificado un total de 87 manuscritos, algunos de los cuales (ocho) no habían sido mencionados antes, ni en investigaciones todavía inéditas sobre la materia. La colación de treinta y seis de ellos le ha permitido reducir a dos los tres grupos o familias de Rossbach: y ello de modo convincente. Jal se inclina por la hipótesis de un abreviador único del siglo III, o más bien IV (como se suele pensar), y que ha trabajado directamente sobre el texto de Livio, sin un resumen intermedio (el totum T. Liuii opus, que decía Símaco, tenía que existir cuando escribe el ilustre patricio, añadiría yo). Es cuidadoso e inteligente; y compone una obra literaria, un extremo que después de leer a Jal yo afirmaría más decididamente de lo que lo hace él. Una cuestión que sigue abierta es lo del pequeño Livio en pergamino que menciona Marcial (XIV 190) en sus Apophoreta. La suposición apuntada, más

que sostenida por Jal, de un pequeño regalo simbólico no está por ahora suficientemente desarrollada. El editor francés añade, además, observaciones muy pertinentes y acertadas sobre la lengua de este *Liuius abbreuiatus*.

En suma, esta obra es una edición y un estudio que honran la C.U.F. y que exhibe toda la calidad que era de esperar en un filólogo del prestigio de Paul Jal.

ANTONIO FONTÁN

OVID. - Nux. Ed. by M. Pulbrook. Maynooth University Press, 1985, 123 pp.

Nueva edición, acompañada de traducción inglesa y comentario (estrictamente crítico-textual) de este opúsculo ovidiano, de cuya atribución al poeta de Sulmona no se había dudado hasta el siglo xix (p. ej. Wilamowitz; Baehrens, que la incluye en *Poetae Latini Minores I* con el encabezamiento *Incerti Nux Elegia*).

Respecto a ese problema, preliminar para el estudio de la obra, Pulbrook se pronuncia por la autoría ovidiana -como se muestra en el título-, rebatiendo con buenos argumentos la tesis de A. G. Lee («The Authorship of the Nux», artículo incluido en el tomo conjunto Ovidiana: Recherches sur Ovide, Paris 1958, pp. 457-471), quien a lo largo de 15 páginas esgrimía 14 razones contra la presunta atribución. El autor fecha la elegía en el año 12 d.C. y cree que es la obra maestra de los años del exilio, «without the repetitive abstruseness of the Ibis or the monotony of the Tristia and Ex Ponto» (p. 39). De esta y otras cuestiones de índole textual se trata a lo largo de una introducción general (pp. 9-39), esquivando facetas más puramente literarias como pueda ser la de la novedad de su tema en el marco de la elegía latina. Su vinculación con la obra de Propercio, Tibulo y del mismo Ovidio, aparte de su métrica común, no estribaría —a mi entender— sino en el hecho de tratarse aquí de la queja o querimonia de un nogal por el mal trato que se le dispensa; es sabido que éste es el elemento más tópico en el género según la doctrina horaciana (Ars Poetica, 75-76), sea cual sea el sujeto (el mismo poeta; o sus personajes, como en las Heroidas) y sea cual sea el objeto de la queja (la muerte, el amor o el destierro).

Para la fijación del texto se han utilizado un total de 68 manuscritos (lista en pp. 12-15), entre ellos el de la Biblioteca Nacional de Madrid, Res. 206, del siglo xv, el único español que contiene la obra (núm. 479 Rubio). Al texto latino con su traducción acompaña, en páginas enfrentadas, el muy nutrido aparato crítico. Algunas de las conjeturas, que con demasiada frecuencia se proponen, son innecesarias o inviables. Así, por ejemplo, en el v. 71: poma cadunt mensis non interdicta secundis, no hay razón ninguna de sentido para sustituir non interdicta, lectura de todos los manuscritos, por non iniucunda, conjetura del autor. Y, sobre todo, no tiene viabilidad en el v. 22: uuaque laesa domum laesaque baca uenit, la corrección de domum (que dan todos los manuscritos, a excepción de D, que ofrece la lectura amétrica domumque) por gelu, conjetura de Pulbrook; y la razón es bien simple y basada en la realidad natural y agrícola: nunca el hielo puede perjudicar o dañar a las uvas porque la vendimia tiene lugar a principios del otoño, antes de los hielos, por muy tempranos que vengan; los ejemplos aducidos por el autor en p. 78 (Ars Am. III 703-704: serae, lectis de uite racemis, / pallescunt frondes, quas noua laesit hiems; Fast. V 322: grandine laesa Ceres; VI 149-150: frondibus... quas noua laesit hiems; Trist. III 8, 29-30: foliis, quae noua laesit hiems; y otros menos interesantes: Trist. V 13, 6 y Pont. III 9, 25) no se refieren nunca a las uvas, sino a las hojas, que, dañadas por los hielos, sí que amarillean y caen. Los hielos sólo pueden dañar a la vid en primavera, cuando brotan las yemas, pero no a los racimos, que se desarrollan más tardíamente. De modo que ha de rechazarse por gratuita, y además inviable, la conjetura gelu. ¿A qué se refiere entonces laesa? Sencillamente a alguna de las plagas propias de la vid, como el mildium, o del olivo, como la arañuela (así, al menos, en Castilla), que menoscaban o pudren los frutos.

Después de la parte nuclear de la edición «Text, Translation and Apparatus Criticus» (pp. 41-73), consta un comentario pormenorizado, que discute y justifica el texto propuesto.

Se añaden las notas con las indicaciones bibliográficas pertinentes —se excluye así una lista exenta de bibliografía—, el índice de nombres propios y un apéndice que da cuenta de las diferencias con el texto de anteriores ediciones.

VICENTE CRISTÓBAL

AA.VV.—Contributi alla storia della Officina dei Papiri Ercolanesi, 2, a cura di Marcello Gigante. I Quaderni della Biblioteca Nazionale di Napoli, Serie VI 1, I Papiri Ercolanesi IV. Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1986, 207 pp. + XIV láms.

Una historia completa de la oficina de los Papiros de Herculano es uno de los objetivos del Centro Internazionale per lo Studio dei Papiri Ercolanesi (CISPE) que dirige el profesor M. Gigante. Un primer volumen de Contributi se publicó en 1980 con ocasión del decimonoveno centenario de la erupción del Vesubio y fue presentado en el XVI Congreso Internacional de Papirología, celebrado en aquel año en Columbia. Este segundo volumen viene presentado por Gigante como «un dono di amore e di deferenza» a los participantes en el XVIII Congreso Internacional de Papirología celebrado en Atenas en mayo de 1986. En él encontramos una serie de trabajos relativos a la historia de la Oficina, basados en gran parte en material documental inédito, conservado en el Archivo de la Oficina, en la Biblioteca Nacional de Nápoles (este archivo ha sido recientemente reorganizado y ordenado) y también en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, antigua sede de la Oficina.

F. Longo Auricchio presenta nuevos testimonios sobre el padre de la papirología herculanense, el Padre Piaggio, sus grandes méritos, la admiración de que gozaba y también las difíciles condiciones en que se desenvolvía su tarea. Tres trabajos de G. Indelli, A. Tepedino y C. Romeo estudian la personalidad y las realizaciones de tres de los «intérpretes» más activos en la primera mitad de s. xix, A. A. Scotti, S. Cirillo y N. Lucignano, respectivamente. Estos capítulos vuelven a plantear el problema de la valoración crítica de la obra de los académicos herculanenses, reflejada sobre todo en la Collectio Prior. La apreciación sobre sus obras ha sido desigual, negativa en líneas generales, pero el propósito de estas páginas no es tanto juzgar como comprender históricamente las grandes dificultades que tuvieron que afrontar estos pioneros, según señala Gigante en la Introducción. El propio Gigante colabora en estos Contributi con un trabajo sobre las relaciones de la Oficina con Francia y anuncia que dos de los seis rollos que fueron regalados a Napoleón en 1802 han vuelto en 1985 a la Oficina para que sean desenrollados con ayuda de las modernas técnicas de K. Kleve y su equipo. E. Puglia escribe sobre la crisis que supuso para la Oficina el paso de la administración borbónica a la del estado unitario. En esta nueva etapa, junto a acontecimientos negativos, tiene lugar un hecho de capital importancia, la publicación de los once volúmenes de la Collectio Altera, con una nueva concepción editorial. Todo el mundo acepta hoy que esta nueva política fue la más acertada que podía haberse adoptado en ese momento y sus frutos no tardaron en dejarse ver, de la mano sobre todo de grandes filólogos alemanes. B. Iezzi presenta en traducción italiana los testimonios de viajeros de los siglos xviii y xix que pasaron por Nápoles y se interesaron por los papiros. Por cierto que uno de los más originales y documentados es el del jesuita español Juan Andrés.

Por último, M. Capasso contribuye al libro con un trabajo sobre la técnica del grabado sobre láminas de cobre y con unos *Fasti Papyrologici Herculanenses* (desde 1738), que concluyen en 1986, el principio quizá de una nueva etapa para la papirología herculanense, marcada por el reinicio de las excavaciones y el posible hallazgo—jojalá!— de nuevos textos.

JUAN RODRÍGUEZ SOMOLINOS

BABRII Mythiambi Aesopei. Ediderunt Maria Jagoda Luzzato et Antonius La Penna. Leipzig, B. G. Teubner, 1986, XCVI + 205 pp.

Viene a sustituir esta edición dentro de la Colección Teubneriana a la muy importante, pero superada, de Crusius de 1897; en realidad, no hay otra intermedia digna de mención sino la de Perry de 1965, que supone un avance pero, aparecida en la colección Loeb, tiene una aparato crítico muy reducido.

La presente edición es resultado de un nuevo estudio de los mss. por parte de M. J. Luzzato y de un estudio en profundidad por parte de ambos editores. Aporta cosas nuevas en la constitución del texto, en el muy útil y novedoso aparato de loci similes, en diversos puntos del prólogo, en los datos del aparato crítico sobre las lecciones de las paráfrasis y otros textos. Incluso hay novedades en el aparato de testimonios (por lo demás, en general paupérrimo, no figura ni el 25 % de los datos conocidos). Pero junto a estas excelencias, que hacen la edición muy digna de estudio, existe una terrible deficiencia debida al muy lagunoso conocimiento que la misma ofrece de la tradición fabulística. Efectivamente, sin conocer ésta en su totalidad, dificilmente puede aportarse nada firme ni sobre la relación de Babrio y otros fabulistas, ni sobre las fábulas de los mss. G y V, ni sobre las paráfrasis y dodecasílabos, etcétera.

Y esto es lo que sucede. El libro, fechado en 1986, parte del estado del conocimiento de estos temas antes de la publicación de mi Historia de la Fábula Greco-Latina. Cierto que el vol. II es de 1985 y no debió llegar a tiempo a los autores; pero el I es de 1979 y es citado sólo sobre puntos marginales, su doctrina es absolutamente desconocida. Y también la de mis artículos de EMERITA de 1969 y 1970 (entre otros) y del de J. Vaio en esta misma revista, 1980.

No se trata de ninguna vanidad personal, sino de que ahora por primera vez ha sido estudiada la tradición de toda la fábula, que es de raíz unitaria. Falto de conocimiento de ella (lo que se refleja en el muy incompleto apartado de testimonios, véase mi vol. III), A. La Penna dice en p. XI ss. cosas absolutamente insuficientes sobre la relación de Babrio con los demás fabulistas y lo mismo de la de Aviano; y M. J. Luzzato repite en p. XXV ss. las ideas de Crusius y Perry sobre ciertas fábulas de G y V que atribuye a Babrio, en p. XXX sobre otras de las Tablas de Assendelft igualmente atribuidas a Babrio, y en XXXI ss. hace un estudio sobre las paráfrasis y dodecasílabos que, apuntando cosas de interés, es también muy insuficiente (más nuevo es lo que dice sobre Geórgides en p. XLI ss.). En mi libro he hecho ver que ni siquiera las fábulas del Atoo (una alfabetización secundaria) ni estas obras (procedentes de una segunda alfabetización bizantina de fábulas coliámbicas) es seguro que sean todas de Babrio; y que con frecuencia hay dos versiones coliámbicas de una misma fábula. Es un error identificar «fábula coliámbica» con Babrio: nuestros mismos autores aportan datos, p. XL, sobre que cualquier fábula era atribuida en Bizancio a Babrio.

Volviendo a las paráfrasis y dodecasílabos, es cierto que en parte vienen de Babrio y en parte no; pero atribuir las diferencias con Babrio a contaminaciones de las paráfrasis con los dodecasílabos y la tradición anónima es un error, como creo haber demostrado. Con frecuencia vienen de una rama de la tradición diferente de la de Babrio, simplemente.

¿Cómo afecta todo esto al texto? No tan desfavorablemente como podría temerse. Una vez añadidas al Atoo (fábs. 1-123) las fábulas de V, G, las Tablas de Assendelft y una del ps.-Dositeo (cosa especialmente arbitraria) según la tradición de Crusius-Perry, sean estas fábulas de quien sean el prólogo del libro establece correctamente que A forma una línea de la tradición, que en general es la seguida, y los otros textos el resto. Concretamente Ba y las demás paráfrasis son despojadas en el aparato crítico con un cf., y raramente se usan para introducir nuevas lecciones; y lo mismo G y demás testigos. Afortunadamente.

Esto es útil, porque como la misma Luzzato reconoce estas colecciones suelen introducir alteraciones del texto (incluso fragmentos de dodecasílabos) o bien dobletes que representan, simplemente, otra redacción. Sobre esto habría que insistir especialmente a propósito de las paráfrasis. Y notar que, en el texto de todas estas colecciones, las diferencias pueden depender de simples faltas (y por esto es acertado que alguna vez se prefiera a G sobre A, cf. por ej. 60.1 ζωμοῦ), pero las más veces responden a redacciones diferentes. Así en 17.1 es acertado leer ὄρνεις (A) frente a ὄρνιν (G), en 52.5 leer κρόζεις con A frente a κράζεις con G y las Par.: pero esto responde, hay que añadir, a otra redacción, no es una variante. Sería más prudente no introducir siguiera las paráfrasis y dodecasílabos en el aparato. Nótese que en 50, por ej., las paráfrasis derivan de Babrio, pueden ser por ello una ayuda; pero en 49, sin ir más lejos, las paráfrasis vienen de un modelo distinto del de Babrio (omitía dos versos, por ej.): ¿por qué usarlas en el Aparato, aunque raramente se usen para establecer el texto? ¿Y cómo distinguir unos casos de otros? Por otra parte, cuando uno de estos textos responde a los gustos de nuestros autores lo aceptan pese a todo: así en 52.1 escriben apoevec con G (appevec A) porque coincide con su afán de jonizar el texto de Babrio. No hay garantía de antigüedad, sólo preferencia por parte de un redactor.

En definitiva, todavía puede justificarse el empleo de V y G, siempre que sea con prudencia: permite, por ejemplo, la brillante restitución de los versos 6-7 de 64 (A omite uno, G el otro). Pero no el de las paráfrasis y dodecasílabos. Por ej., si en 56.11 A da προσελθεῖν, perfectamente aceptable, es absolutamente injustificable cambiarlo en προελθεῖν con las paráfrasis (y los editores): se trata, simplemente, de la lectura de otra línea fabulística, no de la de Babrio.

Más grave es que nuestros autores estimen que las fábulas del Atoo, de la 1 a la 123 (entre la a y la o), son Babrio sin pérdida ninguna, y que por tanto entre las fábulas de las paráfrasis que empiezan por las mismas letras de a a o y faltan en el Atoo, no hay ninguna de Babrio; pero sí las hay en las fábulas a partir de o, de las que M. J. Luzzato obtiene fragmentos métricos que edita como de Babrio (de algunas, a otras las declara no babrianas). Esto depende, una vez más, del desconocimiento de la situación: el verso puede venir de Babrio o no, incluso ser de gran antigüedad y lo hay, en restos, prácticamente en todas las paráfrasis. Estos fragmentos no tienen más garantía de ser de Babrio que otros muchísimos que pudieran obtenerse. En todo caso, es el stemma de cada fábula (como yo he intentado restituirlo) el que debe decidir. Lo único práctico es: editar de un lado el Atoo (que tampoco

creo sea todo de Babrio) y otras fábulas coliámbicas (de Babrio o no); y de otro paráfrasis y dodecasílabos. El estudio de su relación es cosa posterior.

Todo esto no quiere decir, ya lo anticipé, que la edición carezca de méritos. Añade muchas cosas sobre la tradición bizantina de Babrio, sobre los loci similes, etc. Y está hecha con buen criterio, ya digo que la inclusión de las paráfrasis causa menos daño del que habría podido temerse. Sigue a los editores anteriores en una serie de correcciones del Atoo que son ineludibles, cf. por ej. varias del prólogo segundo. Elimina conjeturas extremosas de Perry, por ej. el κώλύμπου de 65.4 (και κράζω A) o rectifica algún caso en que este editor sigue variantes literarias (no faltas) de otro texto en vez de seguir a A: así en 16.2 se lee παθσαι con A frente a σίγα en T. Assend. y Perry. Todo esto es saludable. Hay, de otra parte, conjeturas muy sugestivas, así en 61.5 δ γριπεὺς ηράτιζεν (sobre II. XI 551) en vez del ηρέθιζεν de A. Cf. ταῶ-(νι) en 65.1. Hay que añadir que con frecuencia las conjeturas propias se dejan en el aparato crítico (en la parte que edita Luzzato, 1-80, alude a algunas de La Penna y en las siguientes éste menciona las de ella). Sobre conjeturas de diversos estudiosos dicho aparato es muy rico.

Añadiría que algunas conjeturas me resultan innecesarias. Así en 56.3 οὐ καλὴ μήτηρ (por ὡς καλὴ μήτηρ), en 59.15 συνεκαμείβοι (por -ειν), en 60.5 τότ' ἄν λίχνος (cambio del orden de palabras). Frente al ἔσεισε τὴν σκυταλίδα que toma de Vaio en 130.8, creo que el τὸ σκυτάλιον τ' ἔσεισε de Cr. y Perry está más próximo a A. Sobre todo, ya he apuntado que la jonización sistemática (-ίη, -ρη, -σσ-, -ρσ-, βορέης, etc.) me parece un error. Babrio no es un jonio: en él y en la tradición emparentada hay constante fluctuación.

En suma, tenemos una buena edición, siempre que se sepa que las fábulas a partir de 124 son o no de Babrio (y lo mismo, realmente, las 1-123): son todas ellas fábulas en coliambos babrianos, de Babrio y sus imitadores. Y que los fragmentos deben ser dejados de lado, el asunto es más complejo, que deben tomarse las referencias, en el aparato, a paráfrasis y dodecasílabos como meros loci paralleli y prescindir en el texto de las pocas lecciones sacadas de aquí o de otras colecciones (alguna puede ser buena, las más no son realmente variantes, sino redacciones distintas). En el prólogo y en los distintos aparatos se encuentran, de otra parte, materiales muy valiosos, que merecen estudio. Pero las ideas de los autores sobre la posición de Babrio y los demás textos que estudian dentro de la tradición fabulística, son previas a estudios míos que arrancan de 1969, si no de antes (no conocen tampoco mis Estudios sobre el Léxico de las Fábulas Esópicas de 1949 que datan la Augustana en los siglos IV-V, ellos siguen proponiendo el IX o x). Deben revisarse totalmente.

Es lástima que un estudio tan serio y a fondo, tantas horas de trabajo, indudablemente, quede en buena parte deslucido por una simple inatención a la bibliografía. Que se malgaste el esfuerzo en trabajos paralelos, por puro desconocimiento. Es lamentable, pero frecuente en Filología Clásica, sobre todo tratándose de bibliografía española, que no es tan remota, después de todo.

FRANCISCO R. ADRADOS

Traina, A., y Bini, M.—Supplementum Morelianum. Bolonia, Pàtron Editore, 1986, 65 pp.

Se trata de un nuevo volumen destinado a engrosar la prestigiosa colección Pàtron de textos y manuales universitarios de latín, colección dirigida por el propio Traina y a la que debemos la publicación de obras tan beneméritas como la historia

de la lengua de Stolz-Debrunner-Schmid, la de la lengua poética de Kroll-Janssen-Leumann, la de la lengua y literatura medievales de Paladini-De Marco, etc. La nueva obra consiste básicamente en la recopilación de material para una nueva edición de los Fragmenta poetarum Latinorum de Morel (Traina) y un índice léxico de ese material (Bini), que es, pues, en realidad un Supplementum Binianum, por cuanto la autora había realizado con idéntico objetivo y métodos un útil e importante Index Morelianus (Bolonia 1980) para esta misma colección. Al margen de que la obra estaba ya comenzada cuando en 1982 salió a la luz la revisión de los FPL morelianos a cargo de Büchner, en el prefacio Traina justifica la oportunidad y título de la obra por el hecho de que la nueva edición teubneriana, la de Büchner, no había logrado integrar todos los versos propuestos y esperados. Con todo, en verdad se trata éste de un Supplementum Morelianum-Büchnerianum por cuanto sistemáticamente se toman en consideración ambas ediciones (y también las más antiguas), si bien —digamos— toda referencia formal se haga desde la obra de Morel.

La poesía fragmentaria, por otro lado, ofrece una serie de problemas singularísimos que son inevitables en una obra como ésta, no sólo, por ejemplo, la investigación del autor o fecha de los versos que se proponen, sino incluso el determinar si lo que se propone es verso o no (p. 21 ignoti uersus [?] apud Sallustium), también el -a veces tan dificil- aislamiento del verso del contexto (normalmente de una citación) y su valencia métrica (p. 15), el estudio del significado del texto (normalmente descontextualizado), y, en fin, la delimitación de los criterios con los que hay que entender el concepto de fragmenta poetarum Latinorum, término poco apropiado por cuanto - hay que advertir - con frecuencia nos encontramos con epigramas o poemas completos. Sirva todo ello para reconocer que siempre hay, desde luego, que conceder una generosa libertad de acción y de elección a los audaces que acometen la arriesgada empresa de enfrentarse —y enfrentarnos— a los últimos vestigios de la poesía latina. Traina, por ejemplo, parece fijarse en la tradición literaria (no epigráfica) de unos versos a la hora de proponer como addendum el célebre epitafio virgiliano Mantua me genuit... (p. 22), basándose, además, en el precedente de Bährens, quien -por no salirnos del ambiente virgiliano - había inserto en su edición el dístico contra Balista. Más llamativa es la propuesta de inclusión de unos uersus populares in Clodium et Clodiam (p. 18), cuya existencia parece garantizada por un testimonio de Cicerón (ad Q. fr. II 3,2), pero donde se echan de menos los versos (¿populares?) catulianos (c. 79) o se echa de más la referencia. Yo no veo claro tampoco que el casual flauit ab Epiro lenissimus Onchesmites de Cicerón (ad Att. VII 2,1, citado en los addenda) pueda entenderse o como fragmento (¿de qué obra?) o como obra de un poeta.

Al margen de estas menudencias, tan propias de la fragmentariedad de la materia, el interés de la obra y su calidad —en un campo tan lábil y dado a los deslices como éste— es notable. No es que la obra cumpla los objetivos propuestos, es que los supera amplia y brillantemente. Así, junto al loable propósito de ofrecer un suplemento de lujo a los FPL teubnerianos, hay muchos otros aspectos positivos, por ejemplo, el rescate de versos casi desconocidos y —cuando menos— curiosos. No puedo evitar citar aquí un epigrama, revelador de la sensibilidad tardía, quizá de Claudiano (p. 49), y que me llama la atención:

In ripa lepus est: nixu contennitur arcus.

Ocius et celeri missa sagitta manu.

Forte salit piscis, Progne praeteruolat. Haerent tres uno in telo: piscis, hirundo, lepsus.

De igual suerte el dardo de Traina-Bini dirigido en principio únicamente al gazapo moreliano, logra también —y no por casualidad— tres dianas simultáneas, y es que añade, corrige y ordena con la certera puntería de su ciencia.

X. BALLESTER

ISIDORE DE SÉVILLE. — Étymologies, livre XII: Des animaux. Ed. J. André. Auteurs Latins du Moyen Age. Paris, Les Belles Lettres, 1986, 309 pp.

El volumen objeto de reseña no es el primero que esta serie, publicada bajo los auspicios de la Asociación «Guillaume Budé» y del Centro «Lenain de Tillemont», ha dedicado a las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla. De esta forma, en 1981, 1983 y 1984, vieron la luz los libros XVII, II y IX del magno escrito isidoriense, por obra de J. André, P. K. Marshall y M. Reydellet, respectivamente consagrados a la agricultura, a la retórica y dialéctica, y a las lenguas y grupos sociales.

Ahora le ha correspondido el turno al libro XII de las Etimologías, cuyo asunto es el reino animal. La edición del texto latino y la versión francesa han sido otra vez llevadas a cabo por J. André, y este miembro de la Escuela Práctica de Altos Estudios ha efectuado muy bien su labor, completándola con la redacción de abundantes y magnificas notas a pie de página.

Isidoro de Sevilla divide el libro XII de las Etimologías en estos apartados: el ganado y las bestias de carga, los cuadrúpedos salvajes, los pequeños animales, las serpientes, los gusanos, los peces, los pájaros y los animalitos alados. Dos únicas objeciones caben al preámbulo del editor. Afecta una de ellas a la p. 7. Cuando explica J. André que Isidoro dispone el libro XII a continuación del XI, cuyo tema es el hombre, hubiese debido indicar que ello responde a la idea, tan cara a la patrística, de la persona humana a manera de creatura regia, tal como dijo a fines del siglo iv Nemesio de Emesa (De nat. hom. 532).

La segunda objeción estriba en que J. André no ha hecho referencia alguna al influjo del libro XII de las *Etimologias* en los bestiarios medievales. Pese a ello el volumen enjuiciado es un gran trabajo, que en nada desmerece de los restantes de la colección «Auteurs Latins du Moyen Age», citada asimismo por la abreviatura A.L.M.A. y con tanto acierto dirigida por J. Fontaine e Y. Lefèvre.

GONZALO FERNÁNDEZ

II. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

CITTI, V.—La parola ornata. Ricerche sullo statuto delle forme nella tradizione poetica classica. Studi e Commenti, 4. Bari, Adriatica Editrice, 1986, 225 pp.

Como afirma el autor en p. 11, el objeto de este libro es el análisis de la comunicación literaria en una serie de autores, desde Grecia con Homero hasta la Italia del siglo xx con G. Pascoli, estudiando sus diferentes medios lingüísticos y eras literarias.

El primer asunto tratado es el hombre, a quien odian los dioses en Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides y, a modo de hápax, en el prólogo de Los Caballeros de Aristófanes. V. Citti atiende sobre todo a los personajes del titán Prometeo y de Edipo, rey de Tebas, y sus familiares. Muy importante es su crítica en p. 54 a la tesis, que ve como desafío de Prometeo a los inmortales los apelativos de «aquel a quien Zeus aborrece, aquel que es detestado por todos los dioses», que el protagonista se atribuye en el verso 120 del Prometeo encadenado de Esquilo.

Citti explica esta interpretación en virtud de la idea romántica, cuyos orígenes se vinculan a J. W. Goethe y P. B. Shelley, de Prometeo a manera de un benefactor de la humanidad, que se opone al tirano Zeus. Igualmente posee interés la nota 83 de la misma p. 54, por aludir a la teoría de W. Nestle («Legenden vom Tod der Götterverächter», Archiv für Religionswissenschaft 33, 1936, pp. 246-269) sobre la figura del Θεομάχος, en la que se incluyen los retratos por Eusebio de Cesarea y Lactancio de los emperadores romanos que persiguieron a la Iglesia.

A continuación demuestra el autor que Safo, por el argumento de sus versos y por su fama de poetisa amatoria, fue la inspiradora de Meleagro. Tras nuevas consideraciones, relativas a un fragmento del prólogo del *Misumenos* de Menandro y al verso 14 del libro primero del *De rerum natura* de Lucrecio, pasa a analizar el influjo de los versos 360-375 del tercer libro de las *Geórgicas* de Virgilio en un epigrama del poeta Apolónidas, cuyo florecimiento se sitúa en p. 131 en los inicios del siglo 1 d.C.

A este respecto, V. Citti hace suya en p. 134 la hipótesis de A. S. F. Gow y D. Page (The Garland of Philip, t. II, Cambridge 1968, p. 148), quienes juzgan a Apolónidas a modo de «a competent but undistinguished composer». Después de una fugaz ojeada al Primer Himno a las Gracias de U. Foscolo, Citti completa también la inspiración habitual de un pasaje de Los Novios de A. Manzoni en una crónica de J. Ripamonti, aparecida en Milán en 1641 con un largo encabezamiento (Josephi Ripamonti canonici scalensis chronistae urbis Mediolani De peste quae fuit anno MDCXXX libri V desumpti ab annalibus quos LX decurionum auctoritate scribebat), con otras fuentes, como Tácito, Virgilio y Plauto.

El último capítulo se dedica a la encina en la tradición literaria europea, tanto mediterránea como germánica. A mi entender es ésta la mejor parte del libro. En opinión del autor, para la tradición mediterránea la encina representa los valores perennes, mientras que en la germánica es un símbolo étnico, y de esta manera F. G. Klopstock, en su Der Hügel und der Hain, hacía surgir la fuente de Wodan en un bosque de encinas sagradas.

Con toda veracidad asienta V. Citti ambos fenómenos en p. 173, apoyándose en La rama dorada de J. G. Frazer, en un culto prehistórico a la encina que se hallaría extendido por toda Europa. Sin embargo hubiese sido deseable tratar si ese culto originario influye en el posterior mito germánico del «Irminsul», definido por Rodolfo de Fulda en su Translatio Alexandri (ed. J. De Vries, Altgermanische Religionsgeschichte, I, Berlín y Leipzig 1935, p. 239) con las siguientes palabras: uniuersalis columna, quasi sustinens omnia.

GONZALO FERNÁNDEZ

SFAMENI GASPARRO, G.—Misteri e culti mistici di Demetra. Storia delle Religioni, 3. Roma, L'Erma di Bretschneider, 1986, 371 pp.

Debemos ante todo comenzar celebrando la aparición de los primeros títulos de la colección «Storia delle Religioni» de la editorial L'Erma di Bretschneider que dirigen U. Bianchi y G. Piccaluga, abierta a colaboradores italianos y extranjeros; su propósito es el de renovar esta disciplina al tiempo que el de dar a conocer nuevos temas.

A ella pertenece este trabajo de G. Sfameni dedicado a los misterios y cultos místicos de Deméter. Su autora es conocida por numerosos trabajos centrados todos ellos en distintos aspectos de las religiones mistériças; uno de los últimos, Soteriology and mystical aspects in the cult of Cybele and Attis fue publicado en la prestigiosa colección de los E. P. R. O., en Leiden 1985.

La parte primera está consagrada a los misterios de Eleusis y consta de tres capítulos (I: «La vicenda delle due dee e i misteri»; II: «Le divinità dei misteri»; III: «Prospettive soteriologiche e purità degli iniziati»). La segunda, dedicada a las tradiciones míticas y los cultos místicos de Deméter, abarca otros tres capítulos más (I: «Il ratto e la ricerca di Persefone: variazioni su un tema mitico e sue connessioni rituali»; II: «Le Tesmoforie»; III: «Culti di tipo tesmoforico e misteri di Demetra»). Cada uno de estos capítulos dispone de varios apartados.

G. Sfameni considera que los mysteria de Eleusis están caracterizados por algunos elementos esenciales que permanecen inmutables pese a su desarrollo y a las innovaciones producidas en el curso de los siglos. Dichos elementos pueden ser reducidos, sustancialmente, a dos «livelli di riferimento», uno divino y otro humano, y a su «intima interferenza». De hecho para la autora un aspecto definitorio de la pecularidad de los misterios eleusinos consiste «nelle modalità e nell'intensità con cui quelli che sono i due termini comuni di ogni rapporto cultuale, ossia il fidele e il dio, si pongono l'uno rispetto all'altro».

Los ritos de Eleusis entran dentro de la estructura religiosa griega; se trata de un culto ciudadano integrado plenamente —desde fines del siglo vi o inicios del v a.C.— en la facies religiosa de la polis ateniense y abierto a todos los hombres sin discriminación de sexo o procedencia social. Pero al mismo tiempo los dos elementos distintivos de la estructura ritual de los mysteria, esoterismo e iniciación, marcan la distancia y las diferencias sociales de éstos con respecto a otros cultos de la polis.

La autora presta una especial atención al himno a Deméter —al que califica de vulgata del mito— y, sin pretender pronunciarse sobre las posibles relaciones entre mito y rito, señala la correspondencia en el texto homérico entre ciertos momentos de la acción divina y algunas acciones cultuales.

Sin embargo, frente a la «consistenza» del fenómeno mistérico de Eleusis el problema relativo a sus orígenes no emerge con la misma claridad. Sfameni, que considera inadecuadas las diversas interpretaciones propuestas hasta la fecha sobre este aspecto —si bien reconoce que algunos trabajos han contribuido eficazmente a una mejor comprensión del fenómeno—, busca su solución a través de nuevas vías: situar los mysteria de Eleusis en el amplio y variado panorama de los cultos y mitos demetríacos que presentan analogías con ellos. Los resultados de tal investigación—desarrollada a lo largo de la segunda parte del libro— obligan a reconocer la «individualità irriducibile» del fenómeno eleusino así como la existencia de una facies demetríaca en la que se subrayan las conexiones de la diosa con la esfera cultual. Entre los cultos confrontados con los mysteria, ocupan un lugar especial, por su antigüedad y difusión panhelénica, las Thesmophoria.

Los misterios de Eleusis poseen, en definitiva, una fisonomía particular si los confrontamos con otros cultos de Deméter, revelándose, según la autora del presente trabajo, como un unicum en el amplio cuadro analizado. Si bien algunos «ambienti demetriaci» participan de la estructura esotérico-iniciática peculiar del culto eleusino, es, sin embargo, prerrogativa exclusiva de los mysteria áticos el anuncio a los hombres de una aisa mejor en el Mas Allá.

El elemento de mayor analogía entre el culto demetríaco de Eleusis y los rituales examinados por la autora, sobre todo con las *Thesmophoria* y ritos afines, es la relación entre praxis ritual y «vicenda divina», característico de este tipo de religiones, la sympatheia que en los mysteria constituye el ethos profundo de la experiencia religiosa.

El mundo demetríaco, articulado en diversas formas, es, en opinión de Sfameni,

particularmente favorable a la instauración de una relación de familiaridad entre el hombre y la divinidad que se define como «mística» facilitando una comunicación entre el nivel divino y el humano. A esta accesibilidad pudo contribuir el hecho de que en el plano místico el pathos de Deméter y Perséfone adquiere una fisonomía humana y de que ambas diosas están en las raíces de la existencia humana al ser garantes de la fecundidad agraria.

Preocupada esta estudiosa de las religiones mistéricas por señalar fundamentalmente las conexiones entre el mito y el rito dentro del fenómeno religioso griego, en su libro se prescinde de lo que ella llama «ogni trattazione a carattere descrittivo», es decir las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas. Esta deficiencia trata de ser suplida —aunque nunca suficientemente— con una abundante bibliografía en nota y al final del trabajo. Quien afronte, pues, la lectura de esta nueva investigación sobre Deméter, interesante sobre todo por sus objetivos, debe disponer de un amplio bagaje de conocimientos sobre este culto que tendrá que recabar forzosamente en otras obras.

SANTIAGO MONTERO

Frontisi-Ducroux, Françoise.—La cithare d'Achille. Essai sur la poétique de l'«Iliade». Biblioteca di Quaderni Urbinati di Cultura Classica, 1. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1986, 82 pp.

La autora se propone reexaminar la poética de la *Iliada*, su pretendida «transparencia» frente al carácter «reflexivo» de las *Odisea*, poema en el que el poeta parece más consciente del valor de su arte. Contra esta visión tradicional la autora se siente facinada de entrada por la escena en que Aquiles, lejos del combate, entona con su cítara las glorias heroicas, mientras Patroclo le escucha absorto. Esta escena es muy importante, a pesar de su brevedad, pues este episodio se inserta en una cadena de elementos, conscientemente dispersos por el poema, que tienen por finalidad ligar al poeta a su público, como Aquiles y Patroclo, e impulsa al oyente o lector a participar insensiblemente en la construcción poética.

Intenta demostrar cómo a pesar de que la creación poética de la *Iliada* se adscribe al tipo de poesía inspirada, ello no excluye ni la conciencia del poeta de su propia individualidad, ni de su papel, ni de su valor, ni de la finalidad de su poesía. Ésta es la razón por la que la autora utiliza el término de poética, referente a la *Iliada*, y no el de protopoética como hizo Svenbro.

Frontisi-Ducroux, por tanto, va a buscar a lo largo de la *Iliada* esos signos capaces de revelar en el poeta una conciencia de su propia competencia, de su posición privilegiada y de los poderes soberanos de su poesía. Un primer nivel de análisis lo realiza sobre «el aparato formal de enunciación», en terminología de Benveniste. Comprende todos los indicios lingüísticos que en el texto de la *Iliada* revelan la utilización de la lengua por el poeta. En segundo lugar estudia los indicios a nivel temático, de contenido semántico del poema, pasajes en los que el poeta, ya directamente ya por boca de sus héroes, expresa una concepción precisa del lenguaje, de su función en la vida de los hombres, de sus relaciones con la acción. Finalmente indicios pertenecientes a la estructura del relato, su sintaxis narrativa. Todo ello sin pretender exhaustividad.

En primer lugar (pp. 17-32) estudia categorías como persona, optativo en segunda persona, tiempo, en pasajes en los que el poeta, tomando la palabra, nos puede revelar la conciencia que ha podido tener de su función, de su arte. Aun no siendo relevante la primera persona, el poeta, en el texto de la *Iliada*, tanto en invocaciones

como en interpelaciones a personajes, sin embargo hay conciencia de la individualidad del poeta. El optativo de posibilidad en segunda persona, con la que se identificaría el oyente, es una llamada a la imaginación del público por parte del poeta, a su aptitud para visualizar la escena evocada por el aedo, incluso a participar afectivamente en la suerte del personaje. El tiempo verbal, por su parte, subraya la distancia entre el «ahora», tiempo de la ejecución del aedo, marcado, por ejemplo, por tiempo presente o formas adverbiales tipo vũv, y el tiempo narrativo.

En segundo lugar (pp. 33-46) la autora analiza el uso de la palabra por los héroes homéricos. La función y el lugar de los discursos en el conjunto de la acción épica revelan una conciencia del poder de la palabra, y algunas afirmaciones de los personajes dejan entrever incluso una auténtica reflexión sobre el lenguaje. Se es consciente del poder del canto.

Finalmente se aborda el texto como relato, en su nivel sintáctico, el de su lógica narrativa. La acción se regula y orienta según un encadenamiento de voluntades e interacciones. La articulación de secuencias, la coordinación de acontecimientos, todo se combina según una lógica en que cada uno, hombre o dios, participa en diversos grados, claramente jerarquizados. El poeta y la Musa son ajenos. Diversas escenas de la *Iliada*, no sólo la de Aquiles-Patroclo ya comentada, sino, por ejemplo, la de Aquiles-Príamo o asambleas de dioses, son susceptibles de evocar la situación poética.

En resumen, según la autora, la lectura de la *Iliada* nos muestra una concepción de la poesía precisa, aunque discretamente formulada, generalmente de forma alusiva. Esta poesía que afirma la independencia y primacía de la Musa, según la autora, paradójicamente no es el elemento más importante del mensaje de la *Iliada*. El personaje de Aquiles ilustra y demuestra la autonomía absoluta de la poesía. Protagonista que encarna la excelencia guerrera, aparece en escena, lejos de combate, como aedo ocasional. Abocado a una muerte temprana, no muere. El poema canta la muerte de Patroclo y Héctor, pero no la de Aquiles. Así como Zeus no puede cambiar el destino, así el poeta no puede modificar lo inevitable. Pero sí puede eludirlo, escoger dónde detener el relato. Puede dejar a Aquiles junto a Briseida, como a Ulises junto a Penélope. Son elecciones conscientes, tomas de posición respecto a la tradición, una muestra más de la conciencia poética del aedo.

El mensaje de la *Ilíada*, por tanto, no es muy diferente del de la *Odisea*, sólo que se expresa de forma distinta. La poética es la misma en una epopeya y en otra. Ambas afirman que la poesía es el único recurso, la única salida: apaciguamiento de las preocupaciones, olvido de las angustias en la borrachera de lo imaginario.

Es un análisis sutil, que viene a destacar, aun dentro de la tradición, la individualidad del poeta, consciente de su arte.

E. A. RAMOS JURADO

Böhme, Robert. Die verkannte Muse. Dichtersprache und geistige Tradition des Parmenides. Berna, Francke Verlag, 1986, 178 pp.

Desde la publicación de su Orpheus. Das Alter des Kitharoden en 1953 los trabajos de R. Böhme en torno a la figura legendaria de Orfeo parecen centrados en dos campos de investigación, esbozados ya en esa primera obra. Así, por un lado, tenemos libros y artículos que estudian los problemas sobre su nombre, su época (la micénica, según Böhme) y la defensa de su propia existencia histórica. En otro grupo de publicaciones, de los que el último sería Die verkannte Muse, trata el autor aspectos de otros autores y producciones griegos por los que se puede postular la existencia de una poesía anterior a Homero y que deberíamos atribuir a Orfeo.

Al hilo de estos antecedentes se comprenden mejor las propuestas desarrolladas en Die verkannte Muse, donde R. Böhme, resumiéndolas muy brevemente, trata de rebatir la influencia homérica en la obra de Parménides, defendiendo a la vez sus antecedentes órficos. Con este propósito ha estructurado su trabajo en cuatro apartados: I. «Vorbereitung», II. «Die poetischen Parallelen», III. «Das Ergebnis» y IV. Epikritik und Umblick», seguidos de dos capítulos de notas y dos índices de autores antiguos y general. Partiendo de resultados obtenidos en trabajos anteriores, en el primero de estos apartados critica Böhme las teorías de autores como Mourelatos y Schwabl sobre las influencias homéricas y hesiódicas en Parménides y realiza una serie de precisiones sobre la obra de Homero, que, junto con la de Hesíodo, servirá de punto principal de referencia en la estadística trazada en el segundo apartado, en el que se recogen los lugares paralelos en Homero, Hesíodo y los Himnos órficos.

Las argumentaciones de Böhme están bien documentadas filológicamente, pero su postura ante el texto de Homero nos parece hoy insostenible o al menos muy discutible. Segregar cantos o proponer su existencia fuera de la composición unitaria de la Iliada se puede hacer hoy sólo teniendo en cuenta el espléndido y ya clásico trabajo Iliasstudien (Berlin 1938) de W. Schadewaldt, a pesar de las teorias de la «oral poetry», que el mismo autor alemán no ha dejado de tener en cuenta en su obra más reciente Der Aufbau der Ilias. Al ser este aspecto crucial en el desarrollo de su propuesta, ha arriesgado, creemos, demasiado Böhme en un terreno en el que la tesis por él defendida no es ya la más aceptada, por lo que las conclusiones, por otro lado muy verosimiles, pierden gran parte de la fuerza que pretenden tener. En el apartado III («Das Ergebnis») se hace un resumen de los resultados obtenidos con el estudio de los paralelos poéticos y que forman la parte central de su tesis, la cual, como acabamos de decir, nos parece verosímil, aunque no en los términos en que está planteada. Antecedentes comunes a los primeros poetas arcaicos se pueden defender hoy que se considera a Homero la culminación y no el principio y fin de la poesía arcaica griega. Orfeo, poeta legendario, es perfectamente pensable como autor de una poesía oral anterior a Homero con posibles influencias en poetas posteriores, Hesíodo, Parménides, Empédocles y, por qué no, el mismo Homero. Por otro lado es curioso que cuando, al exponer los resultados, surge una excepción, como es la de la expresión ὑπ' αὐγὰς ἡελίοιο, que se encuentra en el poeta o redactor A de la Iliada y que rompería el esquema del que se parte, esto es, que Parménides coincide con Homero sólo en aquellos lugares que se pueden considerar obra del redactor B (un ateniense de la estirpe sacerdotal de los Licomidas), asistimos a una verdadera lucubración filológica bien montada para seguir manteniendo lo que se quiere demostrar, a pesar de las evidencias en contra. Una visión más acertada del problema homérico le hubiera ayudado a resolver mejor el supuesto problema. Finalmente en el apartado IV, «Epikritik und Umblick», se añaden datos no lingüisticos para la defensa de la tesis propuesta. Se estudia ahora el entorno geográfico y humano de Parménides así como los aspectos más destacados de su filosofía (el viaie, la verdad, las opiniones humanas, etc.), llegándose a la conclusión de que Parménides se remonta a una tradición poética chamánico-órfica que no tiene que ver con Homero y Hesíodo, los cuales serían más bien sus antípodas. La musa desconocida e ignorada («die verkannte Muse») sería, pues, la que procede de Orfeo, no puesta por escrito hasta el siglo vi, pero con importantes ramificaciones a partir de Yolco hacia Lesbos, Éfeso, Mileto, Atenas, etc.

Un libro éste de K. Böhme muy sugerente y bien documentado, aunque los resultados, todavía discutibles, de sus anteriores trabajos le lleven a afirmaciones demasiado llamativas.

José García López

Teatro e pubblico nell'Antichità. Atti del Convegno Nazionale di Studi Classici. Trento, 25/27 Aprile 1986. Associazione Italiana di Cultura Classica, Delegazione di Trento, 176 pp.

Este libro contiene las Actas del Congreso Nacional de Estudios Clásicos Italiano de abril de 1986. Consta de las ponencias de B. Gentili, «Il coro nella tragedia greca nella teoria degli antichi», con observaciones muy pertinentes y una visión basada en la enseñanza de los antiguos. Diego Lanza, «La disciplina dell'emozione: ritualità e drammaturgia nella tragedia attica», entiende que la mayor dificultad en la interpretación de la tragedia ática del s. v es imaginarse al público contemporáneo muy semejante a nosotros. Franco Montanari, «L'altro pubblico: la fruizione dei testi teatrali greci nell'età ellenistica», considera la diversidad del público constituido por el complejo homogéneo de los ciudadanos y estudia la influencia helenística y romana en los modos de los textos teatrales llegados hasta nosotros. Gioacchino Chiarini, «Horum causa haec agitur spectatorum fabula: Arte scenica e perspicuità nel teatro di Plauto», expone cómo las palabras y los gestos adquieren con el ritmo una coherencia y expresividad «musical» sentidas plenamente por el espectador latino. C. Rapisarda, «Il teatro classico nel pensiero cristiano antico», revisa las censuras contra los espectáculos romanos en algunos Padres como Tertuliano, Minucio Félix, Juan Crisóstomo, Agustín entre otros. En la nueva visión de Casiodoro encuentra un precedente del Humanismo. Italo Lana, «I rapporti interpersonali nel teatro di Terenzio», estudia principalmente Heautontimorumenos, Andria y Adelphoe bajo el aspecto de las relaciones interpersonales entre padre e hijo en el uere uiuere. El criterio para valorar esta uera uita radica en el mirar al animus. No carecería de interés, a mi modo de ver, profundizar en los orígenes egipcios de este criterio. Cuatro comunicaciones contribuyen al buen contenido de este congreso. Marialia Guardini, «La ripresa del mito nell'Elena di Euripide», entiende el mito como materia inerte en la que se insertan la reflexión y la crítica. Fabio Rosa, «Apunti sulla presenza di Terenzio nell'opera di S. Agostino», considera Conf. I 16, 26 y, a través de una serie de paralelismos con Terencio, ve la salvación de la comedia en la lengua de la espiritualidad latina y como un aspecto original de san Agustín frente a los demás Padres. Laura Mansini, «Tracce di teatralità romana antica in una comunità ladina del Trentino», atiende a las reminiscencias de una dramaturgia latina sobre todo en el Carnaval. La «maschereda», por ejemplo, guarda relación con la fabula Atellana. Marco Bernardi, «Attualizzazione dello spettacolo classico», es una comunicación sobre el interés de Machiavelli por Andria de Terencio. Todos los temas son sugestivos y de actualidad y la competencia de los especialistas garantiza el valor e importancia de este congreso. ÁNGEL ANGLADA

Perusino, Franca. — Dalla Commedia antica alla Commedia di mezzo. Tre studi su Aristofane. Università degli Studi di Urbino, Scienze Umane, Linguistica, Letteratura, Arte, VIII. Urbino 1986, 121 pp.

Tres estudios componen este pequeño volumen, que se caracteriza (para recurrir a las ajustadas palabras del prólogo) «per l'interesse per le fasi estreme della carriera di Aristofane» y que nace de «la consuetudine paziente con il testo delle commedie»

(p. 7). Dos de ellos habían sido previamente publicados: «La giustizia di Aristofane negli anapesti degli Acarnesi» en el Homenaje a M. F. -Galiano e «I registi di Aristofane» en Helikon 20-21, 1980-81, pp. 63-73. El conjunto responde al elevado estándar de calidad al que nos tienen acostumbrados los productos de la escuela filológica de Urbino; pero, en realidad, la influencia más perceptible en estas páginas no es la urbinate, sino la germinal de Carlo Ferdinando Russo y la de G. Mastromarco. Los importantes artículos de St. Halliwell (CQ 30, 1980, pp. 33-45) y de Mastromarco (QS 10, 1979, pp. 153-196), que tanta polémica han provocado, proporcionan el impulso para los dos primeros capítulos. Debo confesar que, personalmente, me siento más cercano a Mastromarco y Halliwell que a sus contradictores, entre los que se cuentan D. M. MacDowell (CQ 32, 1982, pp. 21-26) y la propia Perusino. En la p. 19 ésta declara que «una convenzione vietava al poeta comico di esibire dinanzi al pubblico le sue qualità»; asimismo le prohibía la intervención en la parábasis de forma personal y directa (remitiendo a Ach. 628 ss.); un poco más adelante (p. 20) habla «delle ragioni che spingono Aristofane ad infringere questa norma...»; pero sucede que Aristófanes domina de forma magistral el arte de fingir que rehúsa virtuosamente lo mismo que está llevando a cabo en aquel preciso momento. Por otra parte, la A. afirma convencida que «il disappunto» de Aristófanes al haberse visto forzado a confiar la «mise en scène» de sus primeras comedias a otros en el momento más delicado, el del impacto con el público, «è efficacemente evidenziato attraverso una metafora patetica» (p. 41, con referencia a Nu. 530). Sin embargo, resulta que nuestro poeta recurrió a este procedimiento a lo largo de toda su carrera, siempre que lo consideró conveniente. Perusino no se decide a tratar con el distanciamiento y la ironía necesarios la autopresentación de Aristófanes en la parábasis de los Acarnienses. Cada vez que Aristófanes formula manifestaciones enfáticas sobre su propia individualidad, su estatura superior como poeta y su utilidad para la πόλις, es preciso reconocer que se sitúa en el marco de una tradición bien establecida (cf. M. R. Lefkowitz, CQ 28, 1978, pp. 459-469), o, para decirlo con palabras de otro crítico reciente (A. M. Bowie, CQ 32, 1982, pp. 27-40), «Aristophanes is identified with a selfish and solipsistic hero and his "personal" statements in the parabasis (... are) as much a literary construct as his hero.»

Perusino destaca de modo convincente hasta qué punto la puesta en escena de una comedia tenía que constituir un asunto de envergadura: había que resolver cantidad de problemas, a ser posible de un modo brillante e inventivo. Lo que contaba de veras era que la obra, como espectáculo, funcionase; antes de la llegada de Aristófanes no está nada claro que las palabras fuesen consideradas el elemento más importante. La A. no halla dificultad en refutar el punto de vista extremista de Mac-Dowell, según el cual, si Calístrato había sido el didáscalo, a él le correspondía el premio por la victoria y a él se le habría incoado proceso; es decir, niega taxativamente la arriesgada afirmación de que «it was Kallistratos' show». En cambio, me parecen poco afortunados los pasajes referentes a la preocupación en el sentido de que (p. 44) «l'estima per il poeta potesse incrinarsi» a causa de su animadversión por los aspectos prácticos de la escenificación; es decir, de que Aristófanes corriera efectivamente el riesgo de una minimización de sus éxitos en razón de sus dudas a la hora de asumir plenamente la responsabilidad de las comedias como espectáculo. Buena parte del público, después de haberse reido a placer, no se preocupaba en absoluto por saber si el autor era Calístrato o Aristófanes. Pero los «dilettanti», expertos y conocedores no tendrían dificultad alguna para establecer la verdad, que no constituía ningún misterio.

Queda la espinosa cuestión del «esordio segreto», en conexión con Eq. 541-4 y las palabras sobre la ventriloquia de V. 1018-1021. Es posible que existieran auténticos «ateliers» de comedia donde se trabajaba en común sobre un fondo que era de todos sin pertenecer a nadie en particular. En todo caso, Aristófanes informa a su auditorio de que, antes de producir sus propias obras, les había aportado diversión, penetrando en el vientre de muchos otros y conduciendo el carro de Musas ajenas. Se trataría, verosímilmente, de material cómico integrado en la obra de otros comediógrafos. Entre estos no identificados habría quizá (cf. Mastromarco, op. cit., p. 176) poetas cómicos de pleno derecho. La solución de Mastromarco y Halliwell me parece tan lógica y económica que me sorprende el hecho de que Perusino no la adopte sin más. Con todo, justo es reconocer que el terreno resulta resbaladizo, que existen opiniones para todos los gustos y que la A. ha presentado con claridad y contundencia el material pertinente para que cada uno saque sus propias conclusiones, adoptando un punto de vista plausible. Merece por ello gratitud, a pesar de que la discusión, sin duda, permanecerá abierta por mucho tiempo aún.

JAUME PORTULAS

Bonzon, Sylvie; Calame, Claude; Lasserre, François, y Voelke, André-Jean.—Le logos grec: mises en discours. Études de Lettres, Lausanne. Paris, Les Belles Lettres, 1986, 87 pp.

Quizá no fuera exagerado entender este librito, que conmemora la despedida del profesor François Lasserre de la Universidad de Lausanne, como un pequeño homenaje al λόγος griego, de acuerdo con la pretensión de Claude Calame en su prólogo. Compuesto de cuatro breves contribuciones, ofrece al lector la reflexión sobre algunas manifestaciones concretas, discursivas, de este concepto medular del pensamiento griego, recabando el testimonio de Platón, Heródoto y los epicúreos. Inicia la obra un artículo de Sylvie Bonzon («Dialogue, récit, récit du dialogue: les discours du Phédon»), que estudia la funcionalidad del Aóyoc, lato sensu, en esta pieza platónica y advierte cómo la conformidad del diálogo, su «mise en récit», se adecúa plenamente a su intencionalidad ideológica: mostrar la invitación infatigable de Sócrates al ejercicio de la filosofía, a la búsqueda dialógica de la verdad, sin mediación del discurso escrito. Con distinta perspectiva analiza François Lasserre en su «lecon d'adieu» («Le chant du cygne: dialogue socratique et communication philosophique chez Platon») el decir de Sócrates, que, en otra parte del Fedón, recurre a la tradicional imagen del cisne moribundo para simbolizar su misión profética e introducir, en canto alegre, su último mito, complemento y superación acaso de todo el discurso lógico que ha precedido en el diálogo con Simias y Cebes. Por su parte, Claude Calame aplica el método del análisis enunciativo a la obra de Heródoto («Hérodote sujet de son discours: littérature ou histoire?») e intenta demostrar como es en su original «discours à la troisième personne», en su modo innovador de presentar el lóyoc, donde, podría decirse, nace la historia como género literario. Finalmente, André-Jean Voelke («Santé de l'âme et bonheur de la raison: la fonction thérapeutique de la philosophie dans l'épicurisme») se ocupa de la función esencial que ejerce el lenguaje en las fases previas del proceso cognoscitivo, según éste era entendido por los epicúreos, y destaca cómo sólo la palabra plena y ligada a un referente real puede fundar una filosofia terapéutica y liberadora.

Cabe decir, en fin, que este cuaderno — bien presentado y con algunas noticias bibliográficas de interés, aunque no exhaustivas— es, más que original en sus conte-

nidos, sugestivo y ameno; por su propio carácter, no ha de buscarse en él una exposición sistemática y completa sobre el significado del $\lambda \delta \gamma o \zeta$ griego; sin embargo, las cuatro calas que muestra pueden servir muy bien de introducción al tema y, en cualquier caso, su mera publicación corrobora la exactitud de una intuición también platónica: la de que el $\lambda \delta \gamma o \zeta$, $\delta \delta \delta a varo \zeta$ y por siempre $\delta \gamma \eta \rho \omega \zeta$, seguiría siendo, como quería su viejo maestro, objeto de nuestro cuidado.

ANGEL ESCOBAR CHICO

Scatozza Höricht, Lucia A.—Il volto dei filosofi antichi. Nápoles, Bibliopolis, 1986, 276 pp. + 108 figs.

No debemos exigirle a este libro más de lo que intenta ser, es decir, en palabras de su propia autora, «un repertorio di immagini e di ritratti di filosofi delle principali scuole e correnti del mondo classico» destinado a estudiosos de la filosofia antigua que quieran conocer el aspecto físico de los personajes sobre los que versan sus investigaciones. Se trata por tanto, sencillamente, de un libro divulgativo, donde se nos exponen, a través de esculturas, pinturas y mosaicos, las imágenes que representan con mayor seguridad las facciones de los filósofos antiguos, tal como fueron vistas o —en el caso de los presocráticos— tal como las imaginaron los griegos del período clásico tardío y del helenismo.

Nadie, por tanto, puede reprocharle a la autora que su obra sea incapaz de substituir catálogos iconográficos anteriores de contenido mucho más completo y ambicioso, como el imprescindible *The Portraits of the Greeks* de G. M. Richter (Londres 1965), con su suplemento de 1972 y su versión abreviada y actualizada por R. R. Smith (Oxford 1984). Digno es de alabanza, por el contrario, que no se contente con dar por buenas las conclusiones de su monumental precedente, sino que aduzca la bibliografía de los últimos años, con sus nuevas hipótesis y conclusiones, haciendo así de su libro una puesta al día útil para el investigador de iconografía helénica.

Sin embargo, este aspecto positivo no permite ocultar ciertas deficiencias, que desmerecen en una obra incluso de esta índole. Así, cabe señalar que, salvo en casos aislados, la personalidad de la autora apenas se trasluce: se limita ésta casi siempre a exponer opiniones ajenas en unas páginas que parecen siempre breves en exceso para el planteamiento y resolución de los asuntos tratados. Los problemas más graves, aquellos que exigen una toma de postura clara y análisis minuciosos, son orillados sencillamente, o presentadas sus distintas posibilidades sin ulterior estudio. Así, ¿por qué no aparece un estudio iconográfico de la célebre cabeza del Filósofo de Porticello, ilustrada por dos fotografías (figs. 2 y 53) y sólo brevemente presentada en la p. 31?

En cuanto a la selección de láminas, acaso cabría hacer varias observaciones puntuales; mas nos limitaremos a una de carácter más general: en distintas ocasiones se nos presentan monedas o contorniatos, pero no en fotografías, sino en los grabados barrocos de Bellori. Aunque sin duda son bellas ilustraciones, no nos parece, dada su infidelidad a los originales tanto en detalles como en estilo, que puedan ser empleados hoy, sin más, en una publicación de carácter científico como la presente.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

HANKE, MICHAEL.—Der maieutische Dialog. Kommunikationswissenschaftliche Untersuchungen zur Struktur und Anwendbarkeit eines Modells. Aachener Studien zur Semiotik und Kommunikationsforschung, 10. Aachen, Rader Verlag, 1986, 208 pp.

La obra de Michael Hanke es un estudio que aborda el diálogo mayéutico desde el punto de vista de la comunicación, en su vertiente de estructura y aplicabilidad.

Siempre que se alude al diálogo mayéutico lógicamente se piensa en Platón y su maestro Sócrates, y así sucede también con Hanke, quien dedica la primera parte de su obra (pp. 5-128) a la mayéutica socrática y la segunda al análisis de material dialógico actual en su vertiente de estructura y procedimientos mayéuticos (pp. 129-186). La obra se completa con bibliografía (pp. 187-195), índices de nombres, materias y textos platónicos comentados (pp. 196-208).

En la primera parte se define y analiza el método mayéutico socrático con especial atención al *Teeteto* platónico y al tema de la confesada ignorancia socrática y su función dentro del método. Hanke reconoce que el diálogo está unido a la persona de Sócrates —aunque no se detiene en los precedentes—, quien, como es sabido, no escribió nada —tampoco el autor se detiene en un análisis en profundidad sobre el Sócrates histórico—, y es por la obra de su discípulo, Platón, que hace de su maestro el centro y conductor del diálogo, por quien fundamentalmente podemos conocer el método socrático. En la obra de Platón, elevada a modelo de los diálogos filosóficos, la filosofía no se presenta como un sistema cerrado, sino en diálogos abiertos. Este carácter, según Hanke, de proceso desafía una consideración desde el punto de vista de la comunicación.

De todos los diálogos de Platón el autor se centra en el Teeteto (pp. 35-62), el diálogo mayéutico por excelencia, donde Sócrates explicita y ejercita su método, equiparando su arte al de las comadronas, metáfora que traduce la actividad mayéutica dialogada (Sócrates-interlocutores, maestro-discípulo). Al igual que la comadrona ayuda en el alumbramiento de un nuevo ser, Sócrates, eléntica y protrépticamente, ayuda a su interlocutor a obtener conocimiento. La «obstetricia» de la comadrona es el modelo del método socrático: el maestro sólo pretende el despertar del saber —recuérdese la ἀνάμνησις platónica— en su alumno. En relación con la infecundidad de la partera, que no da a luz sino que simplemente ayuda a otra persona, está la pretendida ignorancia socrática. Él, metódicamente, no conoce ninguna de las respuestas a las preguntas de Teeteto, sólo dispone de la capacidad para analizar el λόγος y cooperar a la obtención de conocimiento.

A Hanke, por tanto, de la obra platónica no le interesa el contenido sino el método, no el qué sino el cómo, aunque lógicamente en algunos momentos tiene que tomar posiciones en la primera vertiente. Frente a la división tradicional, tipo Schleimacher, del *Teeteto* por su contenido, que, según Hanke, oculta el método, el autor divide la obra desde el punto de vista comunicativo en tres partes: diálogo Sócrates-Teeteto (144 d-165 e), Sócrates-Teodoro (168 d-183 c), Sócrates-Teeteto (183 d-210 d). En esta tripartición no se contempla ni el diálogo Euclides-Terpsión introductor del diálogo en sí ni el diálogo Sócrates-Teodoro (142 a-144 d). Hanke analiza el texto del *Teeteto* en el sentido ya apuntado, deteniéndose especialmente en la metáfora de la comadrona.

Para el autor la mayéutica, arte socrática por excelencia, dialógica, con distribución de papeles, es una forma de comunicación en la que el mayeuta conduce a su interlocutor en el diálogo elénticamente a la aporía y de ahí protrépticamente al conocimiento, esto es, de la $\delta \delta \xi a$ a la $\epsilon \pi i \sigma \tau \eta \mu \eta$. Hanke no está de acuerdo con el hecho de que la mayéutica sea considerada una parcela del método socrático, como usualmente se la considera, sino que es el método, que tiene dos vertientes, eléntica y pro-

tréptica. En este método la confesada ignorancia socrática es un elemento, una característica, de enorme importancia. Hanke estudia en este aspecto no sólo el Teeteto sino también la Apología. Frente a la dicotomía tradicional de que la confesión de ignorancia es seria o no, Hanke plantea tres perspectivas: fundamental —el proceso de obtención de conocimiento afecta a ambos miembros, el examen es mutuo y la aporía es experimentada por ambos—, funcional —la ignorancia es fingida, la mayéutica es sólo un instrumento en manos del mayeuta, que examina a otro y no a sí mismo, y lo conduce a la aporía— y pedagógica—variante de la anterior sólo que el motivo es instruir y conducir al otro a la obtención de conocimiento.

La segunda parte de la obra (pp. 129-186) consiste en una traslación del análisis mayéutico desde la forma artística platónica al diálogo más cotidiano, más natural. El autor examina un material cercano en el que se estudian estructuralmente las diversas fases de la actividad mayéutica —planteamiento de tema, fase de aporía (problematización), interacción preguntas-respuestas, formulación, al final, de algún logro— y las maniobras estratégicas entre los interlocutores —analogía, negación, afirmación, hipótesis—. El método mayéutico supone un cierto grado de madurez que lo hace aconsejable quizás en el ámbito universitario, tesis defendida por no pocos autores.

En resumen, la obra va más allá del análisis de la meyéutica socrática y tiene un débito importante hacia G. Ungeheuer, de quien utiliza tanto obras publicadas como inéditas.

E. A. RAMOS JURADO

Fedeli, P. y Pinotti, P.—Bibliografia properziana (1946-1983). Atti Accademia Properziana del Subasio, serie VI, núm. 9. Asís 1985, 111 pp.

Los autores continúan en esta bibliografía la muy completa de P. J. Enk (Sex. Propertii Elegiarum liber I [Monobiblos], Leiden 1946, I 1, pp. 78-124). Propercio, podemos afirmar, está bien servido en este aspecto, si también tenemos en cuenta otras bibliografías críticas, como el libro de Harrauer (Bibliography to the Augustan Poetry. II: A Bibliography to Propertius, Hildesheim 1973), la bibliografía anotada en el aparato crítico de R. Hanslik (Propertius, Leipzig, Teubner, 1979) y los trabajos, entre otros, de W. R. Nethercut («Twelve Years of Propertian Scholarship», CIW 69, 1976, pp. 289-309; «Recent Scholarship on Propertius», ANRW II 30, 3, 1983, pp. 1813-1857), y la recentísima puesta al día de Viparelli («Rassegna di studi properziani [1982-1987]», BStudLat 17, 1987, pp. 19-76).

El libro se distribuye en 25 secciones que intentan cubrir los aspectos fundamentales de la obra properciana. Destacan los apartados dedicados a las ediciones críticas, comentarios y traducciones (pp. 12-21), las obras de carácter general (pp. 21-28), las fuentes (pp. 33-36) y los que abarcan cada uno de los cuatro libros con sus elegías correspondientes (pp. 48-102). El libro se cierra con un índice de autores modernos citados.

No muchos reparos se pueden hacer a una labor tan necesaria como ingrata. Pero es lógico que en el manejo del librito nos hayan surgido algunas dificultades de uso, especialmente cuando se indaga en la bibliografía particular de las elegías. Nos referimos a que muchos estudios generales sobre poesía latina (p. e., G. Luck [1969], G. Williams [1968], F. Cairns [1972], A. Thill [1979], R. O. A. M. Lyne [1980], P. Veyne [1983]) o sobre Propercio misme (p. e., J. P. Boucher [1965], S. Commager [1974], M. Hubbard [1974], J. P. Sullivan [1976], A. La Penna [1977], W. Hering [1982]) dedican páginas de verdadera calidad al estudio de algunas ele-

gías concretas, y, en consecuencia, deberían aparecer también en la bibliografía de las elegías en particular, no sólo en las obras de carácter general (pp. 21-28). En este punto resulta más completa la bibliografía, ya citada, que ofrece la edición teubneriana de Hanslik, y que, por cierto, no aparece mencionada entre las bibliografías. Y que es posible hacerlo así lo ha demostrado J. P. Holoka en su bibliografía sistemática de Catulo (Nueva York, Garland Publishing, Inc., 1985).

Sólo nos queda hacer algunas observaciones, que desde luego no empañan la indudable utilidad del libro. P. 27: el libro de Warden (Fallax opus. Poet and Reader in the Elegies of Propertius) es en realidad un estudio detallado de la elegía IV 7 y debía aparecer, por tanto, en la p. 97; p. 28: el artículo de von Albrecht («Properz als augusteischer Dichter» WS N.F. 16, 1982, pp. 220-236) ofrece también una interpretación de la primera elegía del libro IV; p. 41: añade P. Muñoz, «Alusiones a Hispania en la poesía clásica latina», Sodalitas 2, 1981, pp. 293-324 (utiliza a Propercio como fuente además de Hor., Cat., Virg. y Tib.); p. 45: lee Kistrup; p. 46: a R. Whitaker añade pp. 87-135; p. 50: Giangrande dedica a I 1 sólo las páginas 1-14; p. 53: añade Giangrande, art. cit. en p. 50, pp. 29-36; p. 81: añade J. L. Butrica, «Propertius 3.6» EMC 27, 1983, pp. 13-37; p. 82: añade B. K. Gold, «Propertius 3.9: Maecenas as eques, dux, fautor» en Literary and Artistic Patronage in Ancient Rome, Austin 1982, pp. 103-117; p. 96: el artículo de F. Cairns ha sido ampliado con el título de «Propertius and the battle of Actium (4.6)» en A. J. Woodman y D. West, eds., Poetry and Politics in the Age of Augustus, Cambridge 1984, pp. 129-257.

A. RAMÍREZ DE VERGER Y A. PÉREZ VEGA

Atti del Convegno Internazionale di Studi su Albio Tibullo. Roma, Centro di Studi Ciceroniani, 1986, 415 pp. + 19 láms.

Editadas por el «Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Bimillenario della Morte di A. Tibullo», aparecen las *Actas* del congreso celebrado con tal propósito en Roma y Palestrina entre el 10 y el 13 de mayo de 1984.

Las mismas incluyen una veintena de trabajos de estudiosos en su mayoría italianos; estos son trabajos misceláneos y, en la mayor parte de los casos, de muy buen nivel académico.

Luego de una «Premessa» del Prof. Scevola Mariotti, el volumen se inicia con un trabajo de Francesco Della Corte (Univ. de Génova) titulado: «Tibullo tra esterofilia e patriottismo». En él el estudioso, luego de destacar que Tib. «non ama la mitologia, aborre il nozionismo, evita l'erudizione» (p. 21), analiza el uso que el poeta hace de ciertas divinidades —p. ej. Dioniso, Apolo, las Sibilas—, las que, si bien ensambla en el «déroulement» de la historia mítica de Roma (con lo que consecuentemente parece robustecer los orígenes mítico-legendarios de la gens Iulia), el poeta las utiliza para reforzar la noción de «rêverie» idílica en la que brillan el amor y la paz. Sugiere que la esencia de la poesía de Tib. radica en la imagen arcádica que de Roma nos proporciona el poeta en los tiempos de Evandro.

Giovanni D'Anna (Univ. de Roma) analiza municiosamente los vínculos del poeta con Virgilio y Horacio, en especial los motivos alius-alii... ego de I 1 (con relación a Virg., Aen. VI 847-853, y Hor., Carm. I 7, 1-14); contentus uiuere paruo (I 1, 25), frente al uiuitur paruo bene de Horacio e impiger Aenea, uolitantis frater Amoris (II 5, 39) con Eneida VIII 36-37. De esos vínculos el estudioso, entre otros aspectos, aporta luz para clarificar el complejo problema de la cronología tibuliana.

Francis Cairns (Univ. de Liverpool), estudia con detenimiento problemas de estilo y contenidos en la obra del elegíaco, especialmente considerándola con relación

a su predecesor, C. Galo, a partir del hallazgo papiráceo de Qaşr Ibrîm; de ese modo amplía el panorama que había presentado en su *Tibullus: a Hellenistic Poet at Rome*.

Michael Reeve replantea la identificación de Macro en II 6; Maria Paci Pieri, a propósito de I 4, a la vez que caracteriza a la figura de Priapo en Tib. —contrastándola con antecedentes griegos—, se ocupa en subrayar aspectos bucólicos en la elegía tibuliana.

Antonio La Penna (Univ. de Florencia), en un trabajo extenso (circa 50 pp.) y muy bien documentado, explica la elegía de Tib. como meditación lírica. Destaca el estudioso que, por sobre la armonía compositiva de cada una de las composiciones, se aprecian en los dos primeros libros, seguramente auténticos, hilos poéticos que estructuran rítmicamente un poemario que se caracteriza por «la misura, la limpidezza, l'eleganza» (p. 89), señalando que con Tib. ocurre un caso análogo al de Virgilio, quien, al presentarse con las *Bucólicas*, «emerge come poeta già pienamente formato» (p. 89).

Ubaldo Pizzani, a propósito de la quaestio filológica que provocó el redescubrimiento del Corpus Tibullianum a fines del s. xiv y comienzos del xv, estudia las aporías entre Medievo y humanismo.

Bronislaw Bilinski espiga en la poesía tibuliana una suerte de antropología cultural de la que ofrece sus características más salientes: el desprecio de la vida urbana y el consecuente elogio de la vida campesina, sobria y tranquila, que en el poeta se presenta como una suerte de «edad de oro».

Michele Coccia (Univ. de Roma) proporciona un prolijo estudio de la versión tibuliana del marqués Luigi Biondi (ss. xvII-xvIII).

Lidio Gasperini se ocupa en subrayar el ámbito rústico y la religiosidad popular en el Corpus Tibullianum. (También lo hace David O. Ross, aunque éste con mayor profundidad, tomando como premisa la expresión rura cano rurisque deos.) Por otra parte, Filippo Cancelli alude pormenorizadamente a los aspectos político-ideológicos en el cancionero tibuliano, en particular en lo que atañe a Mesala y su relación con Octaviano. De igual modo se ocupa Giovanni Vitucci al tratar de establecer problemas cronológicos de la relación Tibulo-Mesala.

Gianfranco Paci se aboca a problemas biográficos vinculando los *Albii* del Lacio con el nombre de Tibulo. Vito A. Sirago intenta explicar la agricultura italiana del primer decenio de Augusto a partir de la obra de Tib.

Godo Lieberg establece los vínculos de Tib. con una suerte de estructuralismo «avant la lettre», que explica y desarrolla a partir del análisis de la elegía I 5. Paolo Fedeli (Univ. de Bari) estudia las elegías de Márato en las que, acorde con una tradición retórica de cuño helenístico, aprecia una notoria acumulación de topoi.

Gabriel Sanders, al establecer un parangón entre la obra de Tib. y la epigrafía latina versificada, se ocupa de la difusión de las elegías de Tib. en la Antigüedad, así como del público al que éstas parecen dirigidas.

A modo de apéndice Francesco Vagni, en «Tibullus: l'amore negato», propone una recreación en verso del corpus amatorio tibuliano.

El volumen de marras incluye también un catálogo de la muestra «Tibullo: manoscritti e libri a stampa», llevada a cabo en la Bibl. Apostólica Vaticana —mayo-octubre 1984—, a cargo de R. Bianchi.

El volumen incluye también 19 láminas que reproducen significativos fragmentos de manuscritos tibulianos. (Corresponde destacar una impecable tipografía.)

HUGO F. BAUZÁ

VILLALBA I VARNEDA, PERE.—The Historical Method of Flavius Josephus. Arbeiten zur Literatur und Geschichte des hellenistischen Judentums, XIX. Leiden, E. J. Brill, 1986, XXIV + 296 pp.

Entre los muchos títulos que componen la bibliografía sobre Flavio Josefo, pocos enfocan temas referidos a toda su obra. P. Villalba i Varneda recoge en este volumen sus trabajos de tesis doctoral defendida en la Universidad de Barcelona; fue escrita en catalán y ha sido traducida al inglés, aunque conserva el prólogo en ambas lenguas.

Un breve estado de la cuestión precede al estudio amplio y detallado sobre el método de hacer historia de Flavio Josefo que se desarrolla a lo largo de tres capítulos: uno preliminar sobre la teoría de la causa histórica, las fórmulas y el léxico que sirven de marco a este concepto y la posición de Josefo frente a las grandes fuerzas que mueven la historia, tanto en el plano humano como en el trascendente. El segundo capítulo, que constituye el cuerpo central de la obra, se desarrolla bajo el titulo «Ars narrandi» con tres epígrafes: A. Elementos historiográficos. B. Narrativa histórica y C. Los elementos personales de Flavio Josefo; en él se recoge un análisis de todos los factores que configuran el método historiográfico de Josefo ordenados de la siguiente manera: en la primera parte se estudian los discursos, la cronología, la geografía, las instituciones, la arqueología y las guerras; en la segunda, el hilo narrativo, la dínosis, la écfrasis y la anticipación histórica, y en la tercera, elementos en contraste como: paradoja y razón, reflexiones éticas y filosóficas, eulogía y censura, proemios y epílogos, indicadores historiográficos, elementos novelísticos, historia y drama. En el tercer capítulo, a modo de conclusiones, el autor recoge las características más destacadas de la metodología de Flavio Josefo bajo cinco epígrafes descriptivos: 1. historia pragmática, 2. explicación historiográfica, 3. historia apodíctica, 4. uso de fuentes y 5. actitud historiográfica e imparcialidad.

La dificultad que conlleva un trabajo de este tipo es grande. En la narrativa de Josefo se entrecruzan líneas diversas y en ocasiones contrapuestas (en concreto las que se derivan de su naturaleza judía y de su ciudadanía romana) y el trabajo de síntesis o, en su caso, de unificación, se hace casi imposible. Los recursos narrativos de Josefo y la magnitud del material aportado exigen un arduo esfuerzo de clasificación y un no menor equilibrio en el comentario; son temas muy sugerentes que el autor desarrolla con fluidez y método científico; en el análisis ha tenido en cuenta tanto la obra del propio Josefo como la de otros historiadores y autores antiguos a quienes alude frecuentemente a lo largo del trabajo y dedica varios apartados que bajo el título de «Precedents» van completando los distintos temas.

La metodología que una tesis doctoral exige nos sitúa ante una obra, a mi juicio, excesivamente fragmentaria; quizá con el fin de evitar simplificaciones, P. Villalba rara vez recurre al reconocimiento de la intencionalidad subyacente en la narrativa de Josefo que, sin embargo, a mi parecer, es importante para la comprensión de su estructura, y que creo no responde tanto a un objetivo pedagógico para intentar esclarecer la verdad histórica (p. 253), cuanto a un interés por la defensa y exaltación de su pueblo ante el mundo helenístico y, secundariamente, a la expresión de su propia personalidad compleja y marcada por su espíritu ambicioso y su carácter partidista.

El volumen termina con un índice de nombres propios y de conceptos y acontecimientos básicos seguido de un léxico de términos griegos; también presenta una cuidadosa selección bibliográfica muy centrada en el tema, todo ello de gran utilidad; sin embargo el filólogo echa en falta otro índice con las numerosas citas de Josefo

y de otros autores que le permita acceder más fácilmente al comentario historiográfico de algún pasaje determinado.

La originalidad y el rigor científico con que ha sido realizada esta obra la han hecho digna de formar parte de una colección tan prestigiosa como «Arbeiten zur Literatur und Geschichte des hellenistischen Judentums»; agradecemos y felicitamos al autor por esta valiosa aportación.

M. VICTORIA SPOTTORNO

Brancacci, Aldo. — Rhetorikè Philosophoûsa. Dione Crisostomo nella cultura antica e bizantina, Elenchos, 11. Nápoles, Bibliopolis, 1985, 347 pp.

Durante las «VI Jornadas sobre Bizancio» celebradas en Madrid del 5 al 7 de mayo de 1986 leímos una ponencia sobre «La supervivencia de Dión de Prusa en Bizancio». Por eso la monografia de A. Brancacci (= B.) impresa por las mismas fechas ha despertado en nosotros el más vivo interés.

En la primera parte de su libro B. se ocupa de la difusión de la obra del prusense en la época imperial y en la Antigüedad tardía (pp. 17-197). La segunda parte está dedicada al período bizantino. La obra concluye con varios indices: Dioneo, fuentes, nombres antiguos y autores modernos.

Comparto la opinión de M. B. Trapp (CR, 1988, 1, p. 147): B. no disipa todas las dificultades inherentes a los pasajes de Quintiliano y Marco Aurelio, si el Dión de estos textos es o no es el mismo Dión de Prusa.

Es patente la supervivencia de Dión en la cultura tardoantigua y bizantina. B. ha omitido un epígrafe tal vez necesario, dado el título y subtítulo de su libro, sobre la influencia del prusense en la hagiografía e historiografía.

Sin una referencia al prusense es dificil comprender obras como la Vida de Teoctista de Lesbos, de Nicetas Magistro, novela piadosa, compuesta según el estilo de la novela griega de aventuras que imita la primera parte del Euboico de Dión.

Tampoco encontramos en B. ninguna referencia a las Historias de Nicetas Coniates, quien en varios pasajes se inspira en lugares de Dión que formaban ya parte del bagaje común de conocimientos de un hombre culto de Bizancio. Así, por ejemplo, en el Discurso VII de Nicetas se imita el proemio del Discurso de realeza (II) de Dión: «Así como Timoteo excitó con sus acordes a Alejandro», pasaje éste que aparece también citado en el Discurso XIV de Nicetas, compuesto para ser leido en presencia de Teodoro Láscaris (1204-1222), emperador de las ciudades romeas, después que los latinos conquistaron Constantinopla. Dión, en IV 44, contrapone la figura del rey ideal a la del cocinero, motivo que aparece en el epílogo de la Historia del Reinado de Alejo Ángel, de Coniates.

Sirvan estos dos ejemplos, uno de la historiografía y otro de la hagiografía, para significar que el tema de la influencia de Dión en Bizancio no ha sido tratado de forma exhaustiva en la monografía de B. por lo que a ideas políticas y de crítica literaria se refiere. Parece que también fue notable la influencia de Dión en la ascética bizantina, aspecto que fue descuidado en los estudios de Scherwood y que B. deja fuera de la óptica de la monografía.

A pesar de las omisiones que acabamos de señalar, el libro de B. es una obra de obligada consulta para el estudioso de Dión y un libro muy útil para los que se ocupan de la Antigüedad Clásica y de Bizancio. Está cuidadosamente impreso y nos descubre a uno de los mejores especialistas europeos sobre Dión y sobre el cinismo griego de época imperial.

GASPAR MOROCHO

RATKOWITSCH, CHRISTINE. — Maximianus amat. Zu Datierung und Interpretation des Elegikers Maximian, Viena, Österreichische Akademie der Wissenschaften, Philosophish-Historische Classe, Sitzungsberichte, 463. Band, 1986, 140 pp.

Maximiano y sus elegías plantean una serie de problemas de no fácil solución. No sabemos con seguridad a qué época pertenece, no existe una edición crítica fiable de su obra, y, para colmo, la interpretación de sus elegías dista mucho de alcanzar algún tipo de consenso.

La A. intenta responder a la primera y tercera cuestión con el presente libro apoyándose en argumentos lingüísticos, métricos y literarios. Hasta ahora, se creía que Maximiano era un autor del s. vi d.C., tomándose el año 524, el de la muerte de Boecio, como terminus post quem para la composición de sus elegías, que se interpretaban como el último eco latino de la poesía elegíaca de época augústea, aunque dotadas de un tono moralizante muy diferente de Ovidio, su fuente más importante (cf. «Las Elegias de Maximiano: tradición y originalidad en un autor de última hora», Habis 17, 1986, pp. 185-193). La autora, en cambio, está convencida de que Maximiano es un autor de época carolingia (s. 1x d.C.) y de que su obra viene a ser una especie de Ovidius ethicus o moralizatus, tan de moda en la Edad Media. Desde luego, sus comparaciones con poetas de época carolingia parecen convincentes, pero ¿es suficiente? Otros críticos, como Riese, Manitius o Szövérffy, también apuntaron a los siglos ix o x d.C. sin que gozaran de mucha aceptación. Y no se olvide que Pomponio Gaurico asignó, sin razón desde luego, las elegías de Maximiano a Cornelio Galo (¡s. 1 a.C.!) en su edición veneciana de 1501. Habrá que seguir sopesando los argumentos de unos y otros antes de tomar una postura definitiva.

Ahora bien, el libro tiene el enorme mérito de plantear seriamente una cuestión harto dificil de solucionar. Ya sólo resta que algún filólogo no se arredre ante un estudio exhaustivo de la historia del texto de Maximiano. El libro de W. Schetter (Uberlieferung und Kritik des Elegikers Maximian, Wiesbaden 1970) significó un toque serio de atención, pero todavía estamos esperando una edición crítica, auténtico desideratum. Por ahí, tal vez, pudiera llegarse a mejor puerto.

La interpretación que hace la A. de las elegías (pp. 75-127) supera en no pocas ocasiones al reciente comentario de F. Spaltenstein (Commentaire des Élégies de Maximien, Institut Suisse de Rome, 1983). Sólo debo hacer una observación. Creo que los versos 87-154 de la quinta elegía vienen a ser una parodia de un «lamento ritual» a la muerte/impotencia de la méntula (cf. Habis, 15, 1984, pp. 149-156), no una parodia de un himno, como quiere H. Kleinknecht (Die Gebetsparodie in der Antike, Hildesheim 1967 [= Stuttgart 1937], pp. 195-199), a quien sigue la autora.

El libro termina con un apéndice de loci similes (pp. 131-138) y con una bibliografía, en la que echo de menos algunos títulos, como la edición de Chr. Wensdorf (Poetae Latini Minores, Helmstadii 1799, t. 6, pp. 269-381) y los artículos de R. Ellis (AJPh 5, 1884, pp. 1-15), H. W. Garrod (CR 4, 1910, pp. 263-266), G. R. Coffman (Speculum 9, 3, 1934, pp. 250-253), M. Neuberger (RHM 21, 1, 1947, pp. 113-119), E. Merone (GIF 1, 1948, pp. 337-352; 3, 1950, pp. 322-336), D. Romano («Il primo Massimiano», Letteratura e Storia nell'età tardoromana, Palermo 1979, pp. 309-329) y Felisa del Barrio («Innovaciones de Maximiano etrusco en el género elegíaco», Los géneros literarios, Bellaterra 1985, pp. 247-253). Por otra parte, la edición de M. Petschenig (Maximiani Elegiae ad fidem codicis Etonensis) se encontraría más fácilmente si, en vez de Berlín 1890, se indicara Berliner Studien 11, 2, 1890, pp. 1-37.

A. RAMIREZ DE VERGER

HENRY, FRANÇOISE E. E.— Saint-Léger Léger traducteur de Pindare. Publications de la Fondation Saint-John Perse. París, Gallimard, 1986, 238 pp.

Entre 1904 y 1908, un Alexis Léger recién salido del liceo se pone a traducir en metro los Epinicios de Píndaro. No llegaría nunca a terminar esa tarea. Pero, al menos, contamos con una versión parcial de P. I (sólo la estrofa 1 y su antístrofa) y con las traducciones completas de P. III y XII. Son once folios manuscritos de puño y letra del futuro Saint-John Perse, en cuyo recto consta la traslación francesa de las piezas pindáricas citadas, figurando en el verso las notas del mismo traductor. Hoy esos once folios han sido reunidos en una plaquette y hechos encuadernar de forma primorosa por su propietario, el Dr. Ludo van Bogaert, de Amberes. Dichas versiones permanecían inéditas hasta ahora, pero los desvelos de Françoise Henry acaban de ponerlas al alcance de los lectores de Píndaro y de Perse, publicando por vez primera, en tirada limitada a mil ejemplares numerados, aquellos ejercicios juveniles.

El libro contiene la reproducción facsimilar del recto de los once folios manuscritos; el texto correspondiente de las Piticas (según la edición que manejara Alexis, a saber, la de Sommer-Fix, París 1887, precisamente el año en que nació el autor de Anabase); la transcripción del recto y del verso de los once folios, es decir, tanto de las traducciones como de las notas del traductor; un exhaustivo comentario de esas traducciones y de esas notas, seguido de un profundo análisis de la lengua y la métrica empleadas por Saint-Léger en sus versiones pindáricas.

Lástima que el poeta no llevase más lejos su empresa, pues las versiones tienen, pese a la juventud de su autor, una gran calidad literaria. Píndaro fascinaba a Léger por ese tono elevado que implican a la vez el elogio y la celebración, ese tono caracterizado, como decía el propio Perse, por «une autorité initiale et soutenue» (Oeuvres complètes, París 1982, p. 734). En las traducciones ese tono resulta aún más amplificado que en el texto original.

En carta a Léon-Paul Fargue de 6 de abril de 1911, comentaba Valery Larbaud respecto del joven Alexis: «Son seul maître est Pindare, dont la strophe le satisfait parfaitement.» La obra de Pindaro fue, sin duda, una revelación para el muchacho, a quien le sirvió, sobre todo, para ejercitarse en el dominio de una determinada escritura poética en francés, iniciando un camino personalísimo que le conducirá a textos como Éloges o como Anabase. La semejanza entre el verso pindárico y el versículo persiano no es más que exterior: aunque visualmente se parezcan, el modelo de Perse no es el Píndaro auténtico, sino, como él mismo dice, «un Pindare imaginé» (Oeuvres complètes, p. 731). Saint-Léger encontró en los Epinicios un género y una forma poética que no tenía equivalencia en la poesía francesa y que se adaptaba a la perfección a sus aspiraciones expresivas.

J. Girard escribía hace más de un siglo: «Le jour où l'on verrait paraître en France une poésie lyrique à la fois ample et précise, éclatante et variée, concentrée et vivante, non seulement par le détail, mais par la continuité du souffle qui l'animerait, on y serait plus près de Pindare et on le comprendrait mieux» (Études sur la poésie grecque, París 1884, p. 145). Ese día tardó en llegar, pero acabó llegando con la deslumbrante obra poética de Saint-John Perse.

Luis Alberto de Cuenca